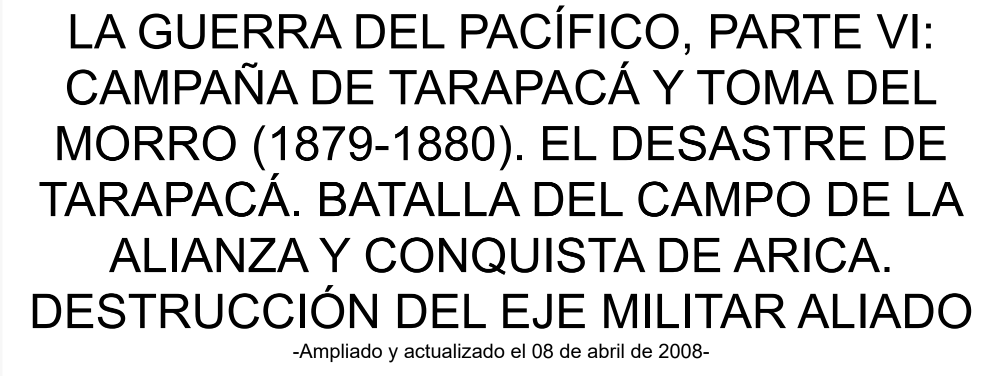
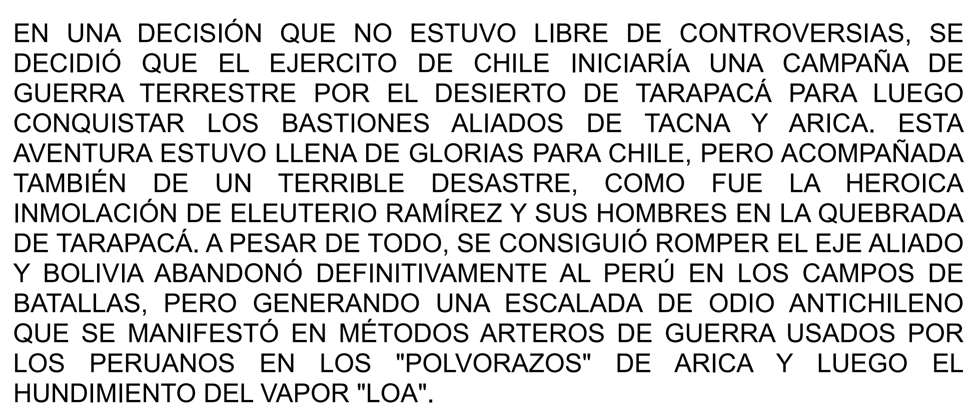


Ya no se admite Adobe Flash Player



LA GUERRA DEL PACÍFICO, PARTE VI: CAMPAÑA DE TARAPACÁ Y TOMA DEL MORRO (1879-1880). EL DESASTRE DE TARAPACÁ. BATALLA DEL CAMPO DE LA ALIANZA Y CONQUISTA DE ARICA. DESTRUCCIÓN DEL EJE MILITAR ALIADO

-Ampliado y actualizado el 08 de abril de 2008-



EN UNA DECISIÓN QUE NO ESTUVO LIBRE DE CONTROVERSIAS, SE DECIDIÓ QUE EL EJERCITO DE CHILE INICIARÍA UNA CAMPAÑA DE GUERRA TERRESTRE POR EL DESIERTO DE TARAPACÁ PARA LUEGO CONQUISTAR LOS BASTIONES ALIADOS DE TACNA Y ARICA. ESTA AVENTURA ESTUVO LLENA DE GLORIAS PARA CHILE, PERO ACOMPAÑADA TAMBIÉN DE UN TERRIBLE DESASTRE, COMO FUE LA HEROICA INMOLACIÓN DE ELEUTERIO RAMÍREZ Y SUS HOMBRES EN LA QUEBRADA DE TARAPACÁ. A PESAR DE TODO, SE CONSIGUIÓ ROMPER EL EJE ALIADO Y BOLIVIA ABANDONÓ DEFINITIVAMENTE AL PERÚ EN LOS CAMPOS DE BATALLAS, PERO GENERANDO UNA ESCALADA DE ODIO ANTICHILENO QUE SE MANIFESTÓ EN MÉTODOS ARTEROS DE GUERRA USADOS POR LOS PERUANOS EN LOS "POLVORAZOS" DE ARICA Y LUEGO EL HUNDIMIENTO DEL VAPOR "LOA".

****

Desembarco en Pisagua y el inicio de la campaña de Tarapacá

Derrotado el "Huáscar" en el Combate Naval de Angamos del 8 de octubre de 1879, vino la difícil tarea de iniciar la campaña terrestre del Ejército hacia Tarapacá, desierto peruano que había sido convertido en un verdadero bastión militar de los aliados.

El Ministro de Guerra Rafael Sotomayor, por recomendación del Comandante Carlos Condell, héroe de Punta Gruesa, decidió que el desembarco se haría en la localidad de Pisagua, para cortar la comunicación aliada entre Iquique y Tacna. Con ese objeto se despacharon 9.500 hombres en nueve naves, el día 28 de octubre de 1879, al mando del Almirante Latorre a bordo del "Cochrane". Sólo en medio del viaje se supo de cuál era el propósito de esa misión, comunicada en Consejo de Guerra por el Jefe de Estado Mayor, Coronel Emilio Sotomayor (hermano del Ministro) y por el General Erasmo Escala: se desembarcarían 4.890 hombres en

Pisagua y 2.175 en Junín, poco más al Sur; el resto del contingente quedaría en la reserva de la flota.

Llegaron a Pisagua la mañana del 2 de noviembre, siendo inmediatamente vistos por el enemigo. El General peruano Juan Buendía ordenó disparar sus baterías de tierra contra la flota, pero no tardaron mucho en responder la "Covadonga" al mando de Orella, el "Cochrane", al mando de Latorre y la "O'Higgins" al mando de Julio Montt, que en pocos minutos destruyeron la artillería enemiga. Los peruanos se replegaron un tanto evitando los proyectiles, pero los bolivianos escaparon en una verdadera estampida, pues muchos de ellos jamás habían visto en acción ese tipo de armas ni habían experimentado de cerca un poder de destrucción similar. Sin embargo, las demoras y los errores chilenos retrasaron el desembarco permitiendo la reubicación de la mayor parte de los hombres de Buendía, lo que obligó a descargar nuevos tiros, desembarcando sólo 400 hombres de una compañía de Zapadores y dos del Batallón Atacama, aproximadamente a la 10 horas. Varios cayeron sin haber bajado de sus lanchas siquiera, alcanzados por los fusiles aliados.

El Teniente de la Armada José Barrientos fue el primero en poner pie en la playa, avanzando -bandera en mano- con un pequeño grupo de oficiales del Atacama hasta una loma costera, donde se encontraba la primera línea de trincheras, cuyos soldados aliados fueron abatidos a bayoneta. Les siguieron el Capitán Fraga y el Subteniente Rafael Torreblanca quienes, a la cabeza del resto de los chilenos, avanzaron hacia el cerro mientras las lanchas regresaban por más hombres. Un contraataque de Buendía comenzó a rodearlos, obligándoles a guarecerse en un terraplén sin parar el fuego. Intentando socorrer a estos chilenos mientras llegaban las demás fuerzas, los cañones de la flota comenzaron a disparar contra los aliados, escasos metros más adelante, donde se encontraban parapetados los chilenos.

Afortunadamente, los aliados retrocedieron cerro arriba y el segundo desembarco chileno pudo concretarse con éxito, llevando cerca de 100 hombres del Atacama, del Zapadores, del 2º de Línea y del Buin, quienes se incorporaron al grupo de Torreblanca y salieron persiguiendo velozmente a los aliados hacia la cumbre, logrando fugarse la mayor parte de ellos en el más completo y espantoso desorden. Al llegar el tercer desembarco chileno, el conflicto había terminado. A las 3 de la tarde, Torreblanca ordenaba izar la bandera chilena muy vistosamente sobre el acantilado y declaraba así el éxito de la toma de Pisagua, a pesar de la pérdida de 58 hombres. Este tipo de desembarco, desde muchos puntos de vista, tiene características absolutamente novedosas y nunca antes vistas para la historia militar hasta la época.

Los hombres que avanzaron a Junín no encontraron resistencia, pero sí se enfrentaron a las inclemencias propinadas por la hostilidad del clima desértico: camanchacas de neblina en las que no se veía nada frente a la propia nariz y el calor sofocante que, a pocas horas del desembarco, ya tenía a los chilenos peligrosamente deshidratados, por lo que el Ministro Sotomayor ordenó al General Manuel Baquedano obtener agua con bombas y entregarla a los desesperados hombres. Después de estos

trámites, encargaron al Coronel Víctor Petrot y al Ingeniero Teniente Coronel Federico Stuven poner en funcionamiento el ferrocarril hacia el interior y la locomotora del lugar, que los aliados habían dejado abandonada en su huida.

La noticia del desembarco y la victoria chilena en Pisagua llegó a oídos del Presidente Mariano Ignacio Prado el día 4 de noviembre siguiente, motivando un urgente Consejo de Guerra en Arica, al que también asistió el General Hilarión Daza, Presidente de Bolivia y cabeza del Batallón de los Colorados, Capitán General del Ejército de la Alianza. En la desesperada reunión, el caudillo boliviano concluyó en la necesidad de trasladar 3 mil hombres hasta Tana, un pueblo situado al Norte y al interior de Pisagua.

Prado dispuso de las fuerzas de Buendía que se reorganizaban al Sur, en Pozo Almonte, al interior de Iquique, sumando cerca de 9 mil hombres más. La idea era intentar golpear a los chilenos con esta masa de 12 mil efectivos aliados. Comenzó de inmediato, además, la marcha de la propaganda de especulaciones y narraciones aterradoras que la prensa limeña difundía por el país a través de los virulentos artículos del diario "El Comercio", que habían lanzado historias absolutamente falsas e infernales sobre el desembarco chileno en Pisagua, especialmente sobre el trato que recibieron las mujeres peruanas en el poblado, supuestamente violadas en masa por los chilenos. Estas infamias tendrían hoy un carácter meramente anecdótico, si no fuera porque tras las publicaciones se produjo una sangrienta masacres de mujeres chilenas residentes en Lima.

Las historietas de terror sobre Pisagua fueron categóricamente desmentidas por el padre peruano José Domingo Pérez, quien dirigía el servicio de ambulancia de Arequipa estando presente en Pisagua el día del desembarco. En carta dirigida a "El Mercurio" durante un paso por Valparaíso, el religioso declaró que el poblado había sido abandonado por sus habitantes mucho antes del desembarco de los chilenos, y que no había una sola mujer en el lugar en ese momento. Agregaba que los chilenos lo trataron correctamente y que los jefes militares evitaron en todo momento los abusos o los desórdenes. De vuelta en Perú, publicó en el diario "La Bolsa" de Misti una carta reconociendo lo mismo, y explicando que lo hacía porque *"se decía que me habían quemado, que me habían degollado y que se habían cometidos otros excesos y crueldades en la toma de Pisagua".*

Sin embargo, el deseo de creer estos relatos fue mayor y los abusos antichilenos disfrazados de venganzas cundieron por todo el territorio peruano no sometido y siendo repetidos hasta nuestros días por historiadores faltos de escrúpulos y de rigor investigativo.

Primeros combates al interior y la captura de la "Pilcomayo"



Tras algunas exploraciones en el entorno, los chilenos decidieron verificar que no hubiesen fuerzas enemigas en aldeas o poblados cercanos, objetivo con el que se envió desde Pisagua una patrulla al mando del Teniente Coronel José Francisco Vergara, acompañado por los Capitanes Dardignac y Sarratea, y del Alférez

Gonzalo Lara. Llegaron hasta el cantón salitrero San Roberto, sin novedades.

Dos días después, el Coronel salió con dos escuadrones del Cazadores al mando de los Capitanes Sofanor Parra y Manuel Barahona hacia el Este, tomando provisiones de agua y víveres en la estación Jazpampa, desde donde salieron nuevamente hasta llegar al cantón de Dolores, el día 5 de noviembre, en el que encontraron bombas de agua en funcionamiento y mandaron a pedir refuerzos desde Pisagua. Desde allí seguirían hacia el cantón de Agua Santa, atravesando la Pampa Germania en los actuales alrededores del Tamarugal, al día siguiente, con una columna de unos 175 jinetes que avanzaba adelantada y al mando del Alférez Lara, cerca de las 4 de la tarde. Pero a un kilómetro de allí se encontraron con el batallón peruano Húsares de Junín y los altiplánicos Húsares de Bolivia, que abrieron fuego contra los chilenos obligando a Lara a enviar al Sargento Tapia para pedir la llegada de los Cazadores, que habían quedado más atrás.

Valientemente, Parra partió por la derecha con su escuadrón y Barahona por la izquierda con los suyos, enfrentándose las caballerías chilenas con las aliadas de frente. La batalla fue feroz y los sables cortaron aire y cuerpos por igual. La embestida chilena fue, sin embargo, más ordenada y logró romper a los aliados, que tras 50 bajas, escaparon caóticamente en todas direcciones y permitieron que Parra capturara el estandarte de los Húsares de Junín. Los chilenos perdieron, sin embargo, a su Sargento Tapia, que murió heroicamente junto a otros dos compatriotas en este enfrentamiento que ha pasado a la historia como el Combate de Pampa Germania.

En horas de la tarde, Vergara y el resto de los valientes avanzaron hacia el Norte, de vuelta a Dolores, en los mismos momentos en que desde Pisagua salía un grupo formado por efectivos del Buin 1º de Línea, el 4º de Línea, los Batallones Atacama y Coquimbo y fuerzas de batería de montaña. Poco después, salía desde el mismo lugar pisándoles las huellas un grupo formado por el 3º de Línea, los batallones Navales y Valparaíso y una batería de artillería de campaña. En total, para el día 10 de noviembre, eran cerca de 6.000 efectivos los reunidos en Dolores.

Al día siguiente, Daza iba a salir de Arica en medio de grandes loas populares y avanzando hacia Camarones, donde llegaron el día 14. Pero el 17, el caudillo ordenó de súbito el regreso a Arica de la mayor parte de sus hombres, debido al cansancio y la mala preparación para esta aventura, continuando su viaje escoltado por los Colorados al mando del Coronel Camacho, para llegar en la noche de ese mismo día a Tana. Esta insólita acción, según creen algunos sugerida por el Presidente Prado y que muchos de sus posteriores simpatizantes han tratado de justificar con las más variadas y rebuscadas fórmulas, sería el error que sellaría su destino como líder y estadista ante sus propios hombres y ante el juicio histórico.

La noticia llegó hasta los chilenos de Pisagua y se envió al Comandante Vergara en un grupo de Granaderos, pero, por increíble descoordinación, desde Dolores se envió otro escuadrón de Cazadores al mano del Comandante Echeverría, luego de que

el Coronel Emilio Sotomayor se enterara de similares movimientos de tropas aliadas en Tana, donde reposaba el presidente boliviano. Así fue como Vergara y los Granaderos llegaron hasta las inmediaciones durante la noche, enviando un acercamiento al Capitán Manuel Rodríguez, quien observó lo reducido del escuadrón boliviano, intentando convencer a Vergara de atacar. El Capitán Zubiria se opuso, pensando que podía tratarse de una trampa. Y, coincidentemente, en las sombras nocturnas de la lejanía, apareció el otro grupo de chilenos, siendo confundidos con una fuerza boliviana que planeaba alguna emboscada, ante lo cual los Granaderos se alejaron de vuelta. Y para empeorar el capricho del destino, los Cazadores también pensaron lo mismo de los hombres de Vergara al verlos en la distancia, retornando a Dolores.

Daza se había salvado, por esta enorme casualidad, de ser capturado por los chilenos.

En tanto, el período de operaciones en Tarapacá no se remitía sólo a sucesos en tierra firme. La Escuadra nacional seguía operando en mar abierto y el mismo día en que el grupo de Barahona era enviado hacia el Sur, el "Blanco Encalada" se encontraba navegando en dirección meridional desde isla Pacay, donde había estado patrullando sin novedades. Llegando a caleta Pacay, la tripulación, al mando del Comodoro Riveros, divisó lo que quedaba de la flota peruana: la "Unión", el "Chalaco" y la "Pilcomayo", las que se dispersaron de inmediato en distintas direcciones. Riveros optó por perseguir a la última, iniciándose una dramática carrera.

Los peruanos comenzaron a tronar cerca de once disparos de cañón que cayeron lejos del acorazado, aunque cada vez más cerca. Cuando la distancia se acortó lo suficiente, el "Blanco Encalada" disparó dos tiros sobre la goleta, produciendo daños y algunas bajas. Haciéndose evidente de que no tenían oportunidad ante ese monstruoso blindado, el Comandante Portal de la "Pilcomayo" decidió prender fuego y fijar los cañones dirigiéndoles las bocas hacia el suelo, de manera de poder hundir la nave. Ordenó que subiesen a las lanchas y se rindieran a pesar de que la goleta seguía con bandera peruana en alto mientras sus ingenieros abrían las válvulas.

Los chilenos la abordaron. 167 prisioneros consiguió tomar el Teniente Goñi, enviado por Riveros. Los chilenos alcanzaron a abordar la goleta apagando el incendio y cerrando las válvulas, por lo que el "Pilcomayo" quedó incorporado, desde ese momento, a la Escuadra chilena.

La epopeya de Dolores. El falso final de la campaña en 1879

Como los antes mencionados grupos de caballería regresaron a sus cuarteles reportando la presencia del inexistente escuadrón boliviano que habían creído ver en Tana, se enviaron desde Dolores hacia Jazpampa tropas del batallón Bulnes, del Coquimbo y del 3º de Línea, y otro escuadrón de Cazadores al mando de Barahona para explorar hacia el Sur, el 18 de noviembre de 1879.

Todos ignoraban que, desde el Sur precisamente, avanzaban cerca de 11 mil soldados al mando del General Buendía para unirse a las de Daza. Por eso, cuando la expedición de Barahona descubrió la presencia de estos miles de hombres, sin perder tiempo partió de vuelta a Dolores para advertir la peligrosa movilización aliada.

Al llegar la noticia, se llamó al 3º de Línea y al Coquimbo, que volvía de Jazpampa, para unirse al 4º de Línea, Navales y Atacama, sumando cerca de 6 mil hombres. Se calculó la llegada de los aliados para el día 19 de noviembre y, por capricho del Coronel Sotomayor, se había impuesto la idea de interceptarlos en la llanura Santa Catalina, hacia el Sur, por lo que las tropas salieron cerca de la medianoche.

En preciso, en honor a la verdad, dejar en claro el tremendo conflicto que -a partir de este instante- se desató entre altos miembros del Ejército de Chile. Don José Francisco Vergara, que habíase desempeñado en Dolores como Jefe de Estado Mayor, creyó que la decisión de Sotomayor iba a ser un suicidio, por lo que partió a intentar convencerle de que trasladara el enfrentamiento al cerro Dolores. Los términos en que ambos se increparon durante el encuentro casi los llevó a desenfundar sus sables, pero la insistencia de Vergara logró doblegar al Coronel y devolver al grupo que ya había salido.

En la mañana del día 19, los chilenos al mando del Mayor Salvo habían alcanzado a trepar al cerro Dolores (o San Francisco) y al Tres Clavos, cuando divisaron la inmensa fuerza de tierra aliada que venían avanzando desde el Sur. Rápidamente, se instalaron los cañones y la infantería se conglomeró junto a la cumbre del cerro Dolores; en la falda que unía ambos cerros, se apilaron los Granaderos y Cazadores a la espera de la orden de ataque. Por su parte, los aliados ordenaron su artillería sobre un pequeño morro y la caballería se distribuyó en el entorno. Por largas horas, y revelando el grave cansancio que afectaba a ambos grupos, los hombres se dedicaron sólo a observarse. La batalla no comenzaría sino hasta las 3 de la tarde, cuando un puñado de aliados se acercó hasta el preciado el pozo de agua de Dolores, muy cerca de los chilenos, provocando un cañonazo de emergencia ordenado por el Teniente Argomedo, que fue instantáneamente respondido por miles de tiros de fusil aliado.

Al comenzar el combate, de este curioso modo, los aliados que estaban más cerca de los chilenos corrieron a las faldas del Dolores, poniéndose fuera del ángulo de alcance de los cañones y comenzaron a escalar. El Mayor Salvo se encontraba allí con muy pocos hombres, ordenándoles bloquear la subida a tiros de carabina. Como comenzaron a agotarse las municiones, los aliados aprovecharon de incorporar rápidamente a dos batallones bolivianos guiados por el Comandante Espinar, que se lanzaron valerosamente contra el grupo chileno, muriendo casi la mitad de ellos. Cuando sólo quedaban 30 chilenos en esta posición, Salvo ordenó arremeter a culatazos contra los atacantes, pues se habían acabado las balas y no tenían bayonetas.

Sólo un milagro podría haberlos salvado ante la superioridad numérica del enemigo, y se produjo: en el momento preciso en

que eran rodeados, las dos compañías del Atacama alcanzan la posición y cargan con bayoneta y sables contra los aliados, obligándoles a retroceder.

Abajo, los aliados volvieron a engrosarse con otro batallón boliviano e intentaron escalar la ladera nuevamente, en número de 1.300. Los chilenos, que sólo eran 250, recibieron ayuda oportuna del resto del Atacama y del Coquimbo, al mando del Comandante Juan Martínez. La violencia con que se lanzaron estos pocos fue de tal magnitud que aplastó a los aliados y obligó su retirada. El resto del ejército aliado dio por perdido el combate y escapó desobedeciendo las órdenes de sus mandos, mientras la artillería seguía arremetiéndoles tiros de cañón.

A las cinco de la tarde, los soldados chilenos declaraban la victoria. A pesar del triunfo, el Coronel Sotomayor se sintió acosado por los desencuentros que hemos descrito y que motivaron incluso protestas de Vergara a su hermano el Ministro Sotomayor, por lo que presentó su renuncia al Estado Mayor el 22 de noviembre de 1879, en carta dirigida a Escala, siendo reemplazado por el Coronel Luis Arteaga.

Con lo ocurrido en Dolores, se creyó erradamente que la campaña de Tarapacá había llegado a su fin. Las tropas aliadas escaparon desordenadamente, en varios grupos y durante todo el día hacia la quebrada de Tarapacá, al interior de Pozo Almonte, dejando en el camino, en el cantón de Porvenir, a sus muchos heridos y algunas piezas de artillería. Pero allá en Tarapacá, el General Buendía llamó a los peruanos de la División Ríos, destacados en Iquique, a reunirse con sus hombres para partir de vuelta a Arica.

El día 22 de noviembre desembarcaban en Iquique 115 marinos al mando del Capitán Miguel Gaona. Los cónsules extranjeros, a bordo del "Cochrane", habían solicitado formalmente al Comandante Latorre que ocupara la ciudad para reestablecer el orden. A la sazón, Latorre continuaba con el bloqueo del puerto. En "Sketches of Chili", R. Nelson Byrd declara que la explosiva reacción de alegría de parte de la población chilena en Iquique hizo que, tras la llegada de la escuadra, se sintieran *"más en su hogar bajo esa bandera que bajo la del Perú*". El General Ríos había salido a las 10 de la mañana del mismo día, entregándole a los cónsules los sobrevivientes de la "Esmeralda", salvo los oficiales que habían sido enviados a Tarma. Fueron recibidos como héroes.

El Ministro Sotomayor llegó al día siguiente junto al Batallón 1º del Esmeralda. Se realizó, por la tarde, un emotivo homenaje en las tumbas de Prat, Aldea y Serrano, y nombró al Capitán Patricio Lynch como Comandante General de Armas en el puerto, lo que incomodó en parte a Escala quien, cumpliendo con una petición de Vergara, había enviado a la quebrada de Tarapacá un grupo chileno conformado por 260 Zapadores al mando del Comandante Santa Cruz, 116 Granaderos al mando del Capitán Roberto Villagrán y 22 Artilleros con dos cañones. Eran sólo 398 almas.

Desastre de Tarapacá: Heroísmo de Eleuterio Ramírez y del 2º de Línea

Mientras, el Coronel Sotomayor, junto a un grupo del Regimiento Cazadores, se estableció en Pozo Almonte enterándose de que 4.000 aliados se reunieron en Tarapacá, por lo que envió noticia de inmediato a su hermano en Iquique. La noticia no sólo derrumbó el optimismo de quienes creían terminados los combates de Tarapacá, sino que anticipó la tragedia de los hombres que habían salido sin más agua ni municiones que para un sólo día, inconscientes de ir marchando hacia su propia inmolación. Vergara sólo había sido informado de 1.500 aliados en Tarapacá, por lo que, inocentemente, solicitó un refuerzo de sólo 500 hombres para su grupo, que provendrían del 2º de Línea, batallón Artillería de Marina, y los regimientos Chacabuco y Cazadores, puestos bajo el mando del Coronel Arteaga. Esta segunda división salió desde Santa Catalina el 25 de noviembre de 1879, con el 2º de Línea a la cabeza, al mando del Teniente Coronel Eleuterio Ramírez.

La mañana del 26 de noviembre, los chilenos llegaron a Dibujo, extenuados por el cansancio, la sed y el andar que había durado toda la noche. Pero no había ni rastros de la expedición de Vergara, que se habíase adelantado hasta un costado de la quebrada tarapaqueña, divisando una columna de 800 aliados que provenían desde Iquique pero que fueron creídos erróneamente como rezagados del combate de Dolores. Poco después, sin embargo, el Capitán Andrés Layseca intentó convencer a Vergara de que en realidad habían 5.500 hombres aliados en la quebrada y no eran rezagados como se supuso, pero no le creyó.

Sólo a la medianoche del día 26 las fuerzas de Arteaga se reunieron con las de Vergara. No tenían agua, ni forraje para caballos; ni siquiera alimentos para los 2.300 efectivos. El mando lo tomó Arteaga, quien dividió la fuerza en tres grupos: uno de ellos atacarían por las puntas de la quebradas de Guaraciña (por el 2º de Línea, 500 hombres) y Quillahuasa (por Zapadores, 950 hombres). El primero, al mando del Comandante Santa Cruz, salió a las 3:30 horas, y el segundo, comandado por Eleuterio Ramírez, salió a las 4 de la mañana. El tercero (el Chacabuco y la Artillería de Marina, 850 hombres), atacaría por encima en Tarapacá. Éste salió al mando del Coronel Arteaga, a las 4:30 horas.

Lo que ignoraban, desgraciadamente, era que hacia Pachica, al extremo oriental de la quebrada y muy cerca de Quillahuasa, se dirigían 2 mil efectivos aliados, permaneciendo el resto de los 5.500 enemigos en el fondo de la quebrada. Hasta aquel momento, la Guerra del Pacífico había sido llevada con relativa caballerosidad e hidalguía. Sin embargo, lo que estaba por ocurrir cambió para siempre el destino de la guerra e introdujo el concepto de la brutalidad y del crimen de guerra como una constante y no de parte de los chilenos, como frecuentemente acusan con injusticia tendenciosa peruanos y bolivianos.

El grupo de Santa Cruz llegó temprano, el 27 de noviembre de 1879, a los alrededores de Tarapacá, tras una noche de camanchaca. Unos arrieros peruanos los vieron, escapando despavoridos hacia el pueblo para avisar a las tropas aliadas. Increíblemente, y desconociendo las advertencias del Capitán de Artillería Exequiel Fuentes, el Comandante Santa Cruz siguió su marcha y sin proteger la retaguardia, por lo que una enorme

división peruana al mando de los coroneles Cáceres y Bedoya, de 1.500 efectivos, pudieron aparecer y atacar desde sus espaldas al grupo chileno.

Este sangriento combate dejó el campo lleno de muertos chilenos y toda la artillería abandonada, debiendo retirarse los que, a duras penas, sobrevivieron. Pero, de improviso, apareció la columna del Coronel Arteaga, la que arremetió una feroz embestida contra las filas de fusileros peruanos, que fueron reforzados con la División Ríos y el batallón Arequipa. Cientos de chilenos cayeron en esta brutal carnicería de fuego y espada, luego de que se ordenara la retirada.

Al aparecer el otro grupo, de Eleuterio Ramírez y el 2º de Línea, se introdujo de inmediato en batalla con las fuerzas del General Buendía en el pueblo de Tarapacá, bajo la quebrada y a la altura de Visagra. En la sangrienta entrada, los chilenos llegaron a la plaza central del pueblo a pesar de estar rodeados por el enemigo. El Coronel Bolognesi, del Perú, ordenó a su división parapetarse en el borde de la quebrada y disparar desde la altura contra los chilenos, convirtiendo la batalla en otra carnicería de proporciones. Ante esta situación, Ramírez ordenó al Mayor Echávez subir y dar fuego a los peruanos con dos compañías.

Tres horas de combate cumplían los chilenos en este escalofriante escenario, cuando se decidió dar una carga de bayoneta para poder romper la columna enemiga y avanzar hacia Guaraciña. La embestida fue heroica, pero con costos enormes. Cayó, entre muchos otros, el Segundo Comandante del 2º de Línea, Bartolomé Vivar. Eleuterio Ramírez, en tanto, perdió su caballo y corrió vigorosamente al frente del grupo que rompió las filas peruanas. Indignados con este escape, los peruanos arremetieron contra una construcción que había sido ocupada con los chilenos y atacaron a todos los heridos en el campo de batalla, rematándolos a bayoneta o culatazos, en un espectáculo de violencia que no tenía precedentes en esta guerra.

Poco después, en la cumbre, reaparecían los Granaderos imponiendo una agresiva carga al mando del Capitán Villagrán y del Mayor Jorge Wood. Fue tan potente que consiguió destruir la línea peruana y sus soldados salieron corriendo en retirada. Creyendo que ésta era definitiva, los chilenos corrieron hasta donde se encontraban las tropas del 2º de Línea, arrojándose coléricamente sobre las aguas del estero en Guaraciña, junto a San Lorenzo, bebiéndolas con desesperación. Lamentablemente para ellos, las tropas peruanas comenzaron a avanzar por ambos lados de la quebrada en lo alto hacia donde estaban los chilenos, interceptándolos sorpresivamente a las 2 de la tarde y comenzando de nuevo el ataque; cortaron la unión entre los hombres de Ramírez y los de Arteaga. Los segundos lograron ascender la quebrada y salir de ese infierno, pero los del 2º de Línea quedaron atrapados sin poder subir.

El Subteniente Telésforo Barahona, hermano de Manuel Barahona, sostuvo valientemente el estandarte del batallón chileno hasta caer. Debieron arrebatarle la bandera de sus dedos muertos y empapada de sangre para volver a enarbolarla antes de que, finalmente, fuera tomada como trofeo por soldados

peruanos,. junto a varias otros emblemas y pertrechos chilenos. Y Eleuterio Ramírez, gallardo, valiente y feroz, a pesar de estar herido, se puso frente a la enfermería disparando contra el enemigo. Cayó como todo un héroe, intentando defender a los heridos y a las mujeres cantineras Juana Soto, María "La Chica" y Leonor González. Los chilenos no se rindieron.

Los peruanos continuaron con el violento repaso de heridos y prendieron fuego a la construcción donde estaban los heridos, quemándolos vivos sin compasión. Doña Leonor González permaneció valerosamente dentro, muriendo calcinada. Otra cantinera, Susana Montenegro, fue violada reiteradas veces y finalmente la asesinaron sentándola sobre un sable, al estilo de un empalamiento.

Este episodio histórico le valió al valiente Eleuterio Ramírez el apodo de "León de Tarapacá", por su extraordinario valor y resistencia. Y, como hemos propuesto revisar muchos de los mitos y tergiversaciones que han aparecido en esta guerra incluyendo los de autores chilenos, es pertinente recordar que, injustamente, un Presidente de la República de Chile, don Arturo Alessadri Palma, se apropió maliciosamente de este título años más tarde y haciéndose representar con el apodo de "León de Tarapacá" a raíz de una dudosa historia sobre su enfrentamiento con grupos sindicales del Norte de Chile, que parece más bien invención de la prensa derechista y liberal de la época; otra de las muchas que se tejieron en torno a su persona. Años más tarde, en 2005, el Diputado Independiente pro Concertación por Iquique, Fulvio Rossi, postuló a la reelección presentándose como el "Léon de Tarapacá" en su campaña, en otra grosera impostura de este apodo para el héroe Eleuterio Ramírez, único que en realidad se ha ganado ante la historia de Chile este nombre, por lo que parece apropiado recuperarlo para él sin dejarse distraer por historietas politiqueras y electoralistas.

El cadáver de Eleuterio Ramírez fue encontrado recién el 22 de enero de de 1880 por el Capitán José R. Vidaurre, siendo reconocido por el Subteniente Medina. Vidaurre halló en los bolsillos del fallecido cinco fichas de salitreras que él mismo le había regalado como recuerdo, además de dos colleras de oro para puños que solía usar el héroe y que permitieron identificarlo. Dos tercios de los hombres del 2º de Línea habían caído en esa trágica jornada; los sobrevivientes volvieron a duras penas hacia el Norte, y el General Buendía se retiró con sus soldados hacia Tacna por una ruta precordillerana. Sólo entonces terminó la Campaña de Tarapacá, provocando profunda conmoción entre los chilenos y en el propio Ministro Sotomayor, cuya salud había empeorado progresivamente producto de los sacrificios y las tensiones de la guerra. A pesar de todo, tuvo la decisión de solicitar a Vergara su retiro, pues la mayoría de las culpas recaían señaladas en él. El Coronel aceptó y zarpó rumbo a Santiago.

Entre los hombres que habían luchado por el Perú en Tarapacá se encontraba el argentino y futuro presidente, Roque Sáenz Peña, quien llegó a relevar a uno de los jefes de batallones, muerto durante la batalla. Había llegado autoexiliado a Lima a principios de año, luego de romper con sus filas políticas y por sus rencillas con el gobierno de Avellaneda. Allá, los peruanos le ofrecieron el

grado de Teniente Coronel para incorporarse a su Ejército, cargo que aceptó con gusto renunciando a su ciudadanía argentina. Al saberse de su participación en los combates, sin embargo, sus compatriotas originales obviaron esta renuncia y lo comenzarían a elevar en la categoría de verdadero héroe, representando en él su deseo de solidarizar con la Alianza.

Entre los militares chilenos, en cambio, los mineros y "rotos" que, empuñando el cuchillo corvo, aún recordaban con ira sus calvarios en Antofagasta, Caracoles y Mejillones en manos a abusadores agentes peruanos y bolivianos, la bestialidad y el trato ofrecido por el enemigo contra los chilenos los llenó de un peligrosísimo odio y una sed fervorosa de venganza, especialmente por lo sucedido a los heridos y los moribundos, que fueron repasados y quemados sin piedad.

Lo curioso es que el desastre había cerrado, sin embargo, una victoria chilena en Tarapacá, a pesar de lo inconveniente y las ventajas claramente pobres que, estratégicamente hablando, significaba a Chile esta osada y poco astuta aventura. Los ejércitos peruanos no suspendieron con lo ocurrido en la quebrada, su plan de marcha a Arica y la noticia de la retirada golpeó fuertemente al Perú, cuyo pueblo, ignorante de los pormenores de las batallas y deseosos de señalar un responsable, arremetieron contra el propio Presidente Mariano Ignacio Prado, obligándole a marcharse hacia Europa, y asumiendo el mando el Almirante Lizardo Montero.

Prado había tenido en sus manos evitar toda esta situación a principios de año, cuando se vio forzado a cumplir con la alianza precisamente por culpa de las mismas voces y personajes belicistas que ahora asumían el gobierno de Lima, en un desesperado intento por revertir los duros e inesperados golpes que Chile había propinado sobre la Alianza del Pacífico.

Para bajar aún más la moral, llegó la noticia de que el 12 de diciembre de 1879 los chilenos habían llegado a San Pedro de Atacama, ocupando el pueblo natal del Teniente Abaroa y puerta de entrada al Salar y la Puna de Atacama, majestuosa meseta altiplánica que comenzó a ser ocupada militarmente. Bolivia podría compartir, desde ese momento, la misma angustia y desesperación de su aliado peruano, pues la noticia no hizo menos que empeorar la situación del Presidente Daza luego del vergonzoso y poco elegante retiro de sus soldados en Camarones, antes de haber disparado un tiro siquiera y regresando a la seguridad de Arica. Con esto, sus días estaban contados en el gobierno.

Los ejércitos derrotados de la Alianza llegaron a Arica el 18 de diciembre. Ante el desplome de la moral popular ávida de hacer rodar cabezas, el General Buendía fue deshonrado y apresado por desacato a la orden de combatir. En realidad, se le castigaba injustamente por no haber vencido, problema en el que jugaba no sólo su voluntad, sino un crisol estratégicamente errado y el apoyo boliviano que nunca llegó.

¿Por qué Chile no tomó Lima en 1879? Sotomayor prevé las

"montoneras" 

Culminada la batalla de Tarapacá, el Ministro Sotomayor insistió en la conveniencia de tomar Lima para forzar la rendición del Perú y con ello la destrucción de la Alianza. Puede ser que el Presidente Pinto fuera partidario o la menos complaciente con esta idea, pero el Canciller Domingo Santa María se negó por completo, declarándola inviable y fantasiosa. En su lugar, propuso al Gabinete una entrada a Tacna, pues estaba cegado con su intención de conseguir lo que más tarde se ha llamado la "política boliviana", es decir, lograr que Bolivia se aliara a Chile o al menos rompiera su Alianza con el Perú.

La propuesta de Santa María era a todas luces un disparate, y no consideraba los informes que, en mayo de 1879, había entregado el fallecido Capitán Arturo Prat, héroe de Iquique, advirtiendo que Prado había concentrado todo su poderío en Tacna y Arica dejando prácticamente desprotegida la capital de Lima, donde sólo los ya perdidos navíos de guerra hubiesen sido capaces de contener un ataque chileno. En pocas palabras, Lima estaba regalada a Chile.

Además, el día 26 de diciembre, Sotomayor se enteró que la "Unión" llevaba cargamentos de armas a Mollendo, en Tacna, y había ordenado una expedición hacia Ilo para interceptarla.

Pero el Ministro de Relaciones Exteriores, proveniente del irrealista americanismo compulsivo y de la política nefasta de los "acuerdos" entre pueblos, seguía obsesionado con la idea de convencer a Bolivia de abandonar voluntariamente la Alianza, a cambio de una salida al mar en ese territorio, especialmente en Moquehua.

> *"Por desgracia* -escribe Encina-*, el plan de Santa María no pasaba de ser una fantasía de la razón razonante. El gobierno y la gran mayoría del elemento dirigente de Bolivia no querían oír hablar de alianza con Chile y menos aún recibir el obsequio de Tacna y Arica. Bastaba allegar el oído al sentimiento boliviano, para percibir esa decisión. Pero, entre tanto, quedaba acordada la expedición sobre Tacna y los ojos del gobierno chileno desviados de los preparativos militares de Piérola en Lima".*

Pudo haber influido en la decisión, también, la inestabilidad provocada por los enemigos del Gobierno, entre los que destacaba Vicuña Mackenna que, como señalamos, pasó bruscamente de entreguista rematado a patriotero empedernido, según las circunstancias, cosa que no ha sido inusual ni poco vista en la historia del entreguismo chileno.

En tanto, al ver que las posibilidades de victoria se esfumaban con la conquista chilena de Tarapacá y con el retorno de Buendía, el Presidente Prado protagonizó una indigna huida a los Estados Unidos a los pocos días, tomando dineros del fisco peruano según afirman algunos autores de ese mismo país como Jorge Basadre, y dejando en la historia del Perú una mancha que César Arias definió como:

"...lamentable e irresponsable, porque, dada la naturaleza de nuestra vida política, caracterizada por instituciones débiles, la presencia física del mandatario era vital para mantener la estabilidad política".

Si la memoria de Prado se ha salvado en parte de la rudeza y crueldad del juicio histórico, se debe al poder y la influencia que adquirieron sus descendientes en la aristocracia terrateniente peruana, llamándoseles "Clan Prado" o "Imperio Prado", empezando por su propio hijo y posterior presidente Manuel Prado Ugarteche. Además, asesores faltos de ética (entre los que se señala al investigador Luis Humberto Delgado) habrían colaborado posteriormente con la familia para crear cartas apócrifas en las que influyentes personajes de la época como el Mariscal Cáceres, el Almirante Grau y el Doctor García Calderón, aparecían sugiriendo al mandatario o bien comentando entre sí la conveniencia de que abandonara el país para poder enfrentar los problemas con un nuevo aire o bien para ir a buscar nuevos armamentos a Europa y regresar a asegurar el triunfo peruano. Según el peruano Percy Cayo, se ha descubierto la falsedad de estas cartas, entre otras cosas, porque Grau aparece fechándolas en ciudades en las que no se encontraba en esos momentos, según los registros históricos, y porque ninguna de ellas acusa el origen de una idea que de pronto aparece compartida por varios de los principales actores políticos del Perú en esos años.

El 23 de diciembre, asistido por la gran mayoría popular, derribaba de un puntapié las puertas del Palacio de Torre Tagle el caudillo Nicolás de Piérola, en medio de la euforia que no reparó en dejar el destino del Perú en manos de una nueva dictadura. Montero, provisionalmente relevando a Prado, reconoció este nuevo gobierno y comenzó inmediatamente los preparativos para la llegada de los chilenos a Tacna y Arica.

Daza correría similar mala suerte que Prado, el día 27 de diciembre, siendo derrocado por el Coronel Eliodoro Camacho. Asumiría el mando de La Paz el General Narciso Campero y el ex caudillo símbolo de los Colorados fue embarcado desde Tacna también hacia Europa, en medio de una gran humillación para su soberbio orgullo. El ascenso de este nuevo gobierno alimentó más aún las ilusiones de Santa María de poder llevar a éxito su "política boliviana".

Por otro lado, terminada la campaña de Tarapacá, Chile había quedado en posesión de todo el territorio de este desierto. Contrariamente a lo que afirman en nuestros días los ex aliados, nunca existieron pretensiones oficiales sobre esta enorme extensión de parte de Chile y, en consecuencia, aparecieron dos corrientes antagónicas entre los políticos chilenos sobre el destino que debía tener. Mientras Santa María era partidario -al menos inicialmente- de mantenerlo como garantía de indemnización de parte del Perú una vez terminada la guerra, otros personajes como el entonces Diputado José Manuel Balmaceda eran partidarios de incorporarlo desde ya al territorio y así lo exigieron con insistencia desde el Congreso Nacional.

La fiera resistencia del Perú a rendirse y la aparición de Piérola en el gobierno limeño, permitió el triunfo de la segunda opción, para

lo cual era necesario aplastar todos los focos de rebeldía peruanos y forzar la rendición. Esto motivó la reorganización del Ejército y una nueva y complicada etapa de campañas estaba comenzando con el nuevo año de 1880.

El día 31 de diciembre de 1879, cerca de 500 hombres del Lautaro eran desembarcados de súbito en Ilo, acompañados de un pelotón de pontoneros, cortando las líneas telegráficas y dos convoyes de ferrocarriles, para luego ir a Moquehua, tras atravesar Hospicio en un arriesgado avance. Llegaron al mando del Comandante Arístides Martínez y a pocas horas del año nuevo de 1880, por lo que los pobladores peruanos les confundieron con sus soldados y los recibieron alegremente creyendo que venían a pasar la fiesta, llevándose un gran desengaño al advertir que eran chilenos, temiendo que cometiesen tropelías contra el poblado similares a las que la prensa había especulado sobre la toma de Pisagua.

Martínez exigió la entrega de las armas y la rendición de la cuidad. En la mañana del 1º de enero, el Prefecto de Moquehua se marchó con sus 450 soldados y los chilenos hicieron la marcha de entrada de rigor. No hubo enfrentamientos ni escaramuzas y, al ver que los chilenos les trataron muy correctamente, los lugareños les atendieron y compartieron almuerzo con ellos. Por la tarde, regresaron a Ilo y zarparon de regreso a Pisagua la mañana del 2 de enero, en lo que se llamó para la posteridad la "Calaverada de Moquehua".

Mientras, el Ministro Sotomayor había iniciado de inmediato la labor de reestructurar el Ejército para poder reorganizarlo en un intento por destruir la resistencia de Perú. A pesar de su agotamiento, producto de tantos meses trabajando al máximo de sus capacidades, Sotomayor tomó con gran entusiasmo esta labor, recogiendo un plan que el General Erasmo Escala habíale presentado en el mes de noviembre. Por alguna parcialidad histórica, muchos autores han indicado que Escala se opuso a este plan, cuando la verdad es que era idea suya. Lo que en realidad molestó a Escala fue que el Gobierno no le consultó sobre las designaciones de nuevos comandantes y jefes militares, medidas que se tomaron conjuntamente con Sotomayor. Este fue el inicio de otra larga disputa de intereses en el seno del comando chileno de guerra.

Una de las primeras medidas tomadas ese mes fue el bloqueo de la costa, dentro del área entre Arica y Mollendo, para impedir abastecimientos para los 13 mil aliados al mando de Montero y distribuidos entre Tacna y Arica. Adicionalmente, cerca 4.500 se encontraban en Arequipa y 1.500 en Moquehua, por lo que las cifras recomendaban una entrada por este último punto.

Inicialmente, el Ministro Sotomayor creyó que bastarían con 7.500 hombres en un primer desembarco, seguido más tarde de otro. Pero Escala se opuso, alegando que debían ser por lo menos 10 mil. Sólo la intervención de José Francisco Vergara, enviado por el Presidente Pinto como Secretario General del comando chileno, logró mediar entre las diferencias y el día 25 de febrero de 1880 salieron los 10 mil hombres exigidos por Escala, en 19 naves rumbo al puerto de Ilo, llegando al día siguiente y desembarcando sin ninguna clase de resistencia.

Entre las consecuencias de Tarapacá, también debemos considerar, a estas alturas, la dura reacción del Ministro Sotomayor que, al advertir el nivel de agresividad del enemigo, se formó una acertadísima idea de la orientación que estaba tomando el conflicto. En contradicción con el mito peruano que culpa a los chilenos de las peores atrocidades de la guerra, advirtió al mando central que hasta ese momento Chile había estado dogmáticamente apegado a las normas internacionales sobre derechos y deberes de guerra, contenidas en el impreso titulado "El Derecho de la Guerra según los Últimos Progresos de la Civilización", y que fuera repartido a la oficialidad chilena el año 1879, precisamente para prevenir excesos e ilícitos.

Sotomayor, poseedor de una inteligencia y clarividencia que sólo es extraordinaria entre los políticos chilenos, fue capaz de proyectar el ánimo del enemigo, según lo demostrado en Tarapacá, y previó que el Perú, acorralado y sin fuerzas centrales, intentaría conducir a Chile a enfrentar una infame guerrilla de "montoneras", es decir, grupos que se reunirían para atacar de manera súbita e impredecible a las fuerzas chilenas. Intentando encender una alarma al respecto, el ministro dirigió desde Pisagua una nota a la Comandancia en Jefe del Ejército, fechada el 28 de enero de 1880, donde escribe con precognición:

> *"Documentos oficiales emanados de las autoridades peruanas y noticias que reputo dignas de fe, me hacen creer que el enemigo propone hacernos en el departamento de Tarapacá la guerra de montoneros":*
>
> *"Hasta hoy nuestras hostilidades se han distinguido por una lenidad tal vez excesiva. Hemos tratado al enemigo como lo exigen las leyes de la civilización y la humanidad, procurando de ese modo atenuar en lo posible los males de la guerra. Hemos sido humanos con los prisioneros y generosos con los vencidos".*
>
> *"No creo que el país tenga que arrepentirse nunca de esta noble conducta de su ejército. Sin embargo, la lenidad tiene sus límites y se encarga de trazarlos la conducta misma del enemigo. Si éste sale de las vías autorizadas por el derecho de la guerra, para hostilizarnos, resucitando los odiosos procedimientos de tiempos más atrasados, debemos por nuestra parte y como legítima represalia, hacerle sentir la dureza y la crueldad de la guerra en su mayor amplitud".*

Seguidamente, añade anticipándose notablemente a los hechos:

> *"Así, pues, si es cierto que va a hacernos la guerra cobarde e irregular de montoneros y encrucijadas donde nuestros soldados pueden perecer indefensos, será necesario notificarle que estamos dispuestos a reprimir esos excesos con la mayor severidad posible; que el paisano a quien se sorprenda con las armas en la mano será inmediatamente pasado por las armas y que igual suerte correrán los individuos enrolados en cuerpos irregulares no sometidos en todo a la disciplina militar".*

Sotomayor sugirió que esta decisión fuese notificada también a los jefes militares del enemigo, advirtiéndose que la idea sería hacer tanto daño posible en represalia a los excesos contra los chilenos *"hasta hacerles sentir la necesidad de obtener la paz"*.

Combate Naval de Arica y muerte del Comandante Thompson. Incidentes de Mollendo

Desde la captura del "Huáscar" en Angamos, el monitor había pasado de inmediato a la Escuadra chilena, quedando poco después en la comandancia de Manuel Thompson, a la sazón el marino con más prestigio en la marina chilena después de Williams Rebolledo.

El día 25 de febrero, se encontraba el "Huáscar" junto a Condell y la "Magallanes" frente a Arica con la intención de destruir las peligrosas baterías de tierra, pero un desperfecto en las máquinas del "Huáscar" se presentó postergando el ataque. Sin embargo, y a pesar de la presencia del blindado "Manco Cápac", Thompson ordenó atacar la plaza el día 27, desatándose otra violenta batalla con la artillería de tierra y desde el imponte Morro que custodia esta ciudad.

Cerca de las 11 de la mañana, se detectó un tren de transportes corriendo apresuradamente desde Tacna y entrando a Arica. Condell avanzó para bombardearlo y consiguió hacerlo retroceder a toda marcha, pero con esta maniobra se puso peligrosamente al alcance de las baterías de tierra. Lo mismo ocurría con el "Huáscar", razón por la que fue alcanzado por una granada disparada desde el Morro de Arica, que mató al Almirante Euologio Goycolea y a ocho de sus marinos, entre ellos, Luis Ugarte, el marino que saltó con Serrano al monitor durante el Combate Naval de Iquique.

Cerca de las 2 de la tarde, el "Manco Cápac" salió de su fondeadero para enfrentar a los chilenos. Sus cañones no habían cesado de disparar en todo el combate. Como la "Magallanes" se encontraba cruzando tiros con la artillería del Morro de Arica, Thompson ordenó enfrentar directamente al "Manco Cápac" con el "Huáscar", utilizando su espolón y sin parar las descargas. Sin embargo, el desperfecto de motores lo frenó y los peruanos dispararon desde el blindado un tiro de 500 libras que dio de lleno contra el viejo comandante chileno, destrozándolo completamente y dispersando macabramente sus restos por la cubierta del monitor. El lugar donde la hoja de su espada se clavó sobre el piso aún puede observarse en el navío "Huáscar" en Talcahuano, que permanece allí convertido en museo naval.

El combate duró cerca de una hora más, quedando en evidencia lo inútil de la acción y retirándose ambos navíos del alcance aliado. Condell tomó el mando del "Huáscar" y se envió comunicación de los hechos al comando central. Al enterarse, Sotomayor salió desde Ilo junto al "Blanco Encalada" y el "Angamos", naves que continuarían intercambiando tiros con la defensa de Arica, con algunas intermitencias, por cerca de cuatro días.

La acción de Arica había sido un garrafal error estratégico que Sotomayor se propuso reparar ideando un plan de invasión desde Mollendo.

El día 7 de marzo, desembarcaron 2.148 hombres a las órdenes del Coronel Orozimbo Barbosa en Mollendo y se estableció el bloqueo temporal.

Desde la batalla de Tarapacá y las atrocidades cometidas por el ejército peruano, lamentablemente el odio y el deseo de revancha se había convertido en el combustible que animaba a la mayor parte del contingente, especialmente entre los hombres de ese grupo que habían sido obreros perseguidos en el Perú desde poco antes de la guerra. En tales circunstancias, haberle advertido a los hombres de Barbosa del carácter destructivo que iba a tener esta expedición para aplastar la relación del pueblo con Arequipa, hacia el interior, y creer que podía ser posible una "destrucción ordenada" del lugar, corría los mismos riesgos que encargar a un pirómano el cuidado de un bosque en otoño.

Así, y a pesar de que el desembarco fue absolutamente pacífico, varios chilenos se excedieron ampliamente en sus órdenes de destruir los muelles, la aduana, el telégrafo y apropiarse de la locomotora para llevarla a Ilo. Aprovechando que Barbosa había salido a una expedición hacia el interior, el día 9 una parte de los hombres del 3º de Línea continuaron saqueando las bodegas aduaneras, quemando algunos almacenes y emborrachándose hasta quedar tendidos, luego de descubrir unas amplias bodegas con aguardiente dentro del pueblo, elixir que había sido la bebida oficial de los "mapochinos" en combate casi desde el inicio de la Campaña de Tarapacá. Aunque fueron controlados, el ambiente de revueltas que quedó encendido motivó a algunos ciudadanos italianos a participar también de más incidentes, que debieron ser sofocados, finalmente, por los propios chilenos que aún se encontraban suficientemente sobrios.

Pero la pérdida de la iglesia bajo las llamas y el robo de las bodegas de aguardiente de Mollendo jamás fue perdonado por los peruanos, tejiendo y reforzando toda clase de historias de terror acerca de la supuesta violencia criminal chilena durante la guerra. El cura Lorenzo Bedoya, vicario capitular de Arequipa, extendió un informe a su Cancillería en la que condenaba la quema de la iglesia y culpaba injustamente a tres sacerdotes chilenos de no haber hecho nada por detener las tropelías, cuando en verdad su intervención había logrado salvar objetos sagrados del recinto, que fueron llevados hasta el "Blanco Encalada". Agregaba en su informe que los chilenos habían cometido el "sacrilegio" de robar desde el tabernáculo la custodia con la imagen de Cristo ante los ojos de los capellanes. Sin embargo, al ser interrogados los sacerdotes Camilo Ortúzar y Eduardo Fabres sobre lo sucedido, ambos admitieron que los propios peruanos, además de unos ciudadanos extranjeros, habían prendido fuego a la iglesia, mientras que los chilenos sólo corrieron a salvar los objetos de valor del templo al ver descontroladas las llamas. A pesar de ello, el mito del saqueo e incendio "chileno" de Arequipa se ha cristalizado en parte del folclore histórico del Perú por su sabroso sentido antichileno.

Contrariando lo asegurado por ciertos autores, las tropelías se redujeron sólo a destrucción material y fueron masivamente rechazadas por la opinión pública chilena; sin embargo, es preciso reconocer la verdad y advertir que, según Gonzalo Bulnes, el General Escala, mal informado e incrédulo de lo que había sucedido, se negó a aceptar los hechos y exculpó totalmente a los chilenos de tales tropelías. También se negó a aceptarlo, quizás, porque la noticia le fue enviada a él y a Sotomayor por un buque de la marina de Francia, país que, como se sabe, había apoyado entre las sombras al Perú en la guerra, al ver allí sus intereses comprometidos a través de la Casa Dreyfus y la *Banque Française*. Otros autores, como Sergio Villalobos, sin embargo, consideran que Escala sí reaccionó dentro de un plazo aceptable y desvirtúan por completo las críticas de Bulnes a la actuación del Jefe del Ejército.

Por cierto que el comando chileno, establecido entonces en Ilo, ya estaba al borde de la fractura, situación que se vio empeorada por los hechos de Mollendo y la presunta actitud de Escala, cuyo rompimiento con el Ministro Sotomayor era a todas luces inminente. Las cosas tampoco marchaban bien entre Escala y el Coronel Pedro Lagos, quien había sido nombrado nuevo Jefe de Estado Mayor por el Gobierno y nuevamente sin consultar su opinión. Ante tantos roces y tensiones, Lagos se sintió obligado a presentar su renuncia.

Los responsables de lo sucedido en Mollendo, sin embargo, fueron enjuiciados y castigados. Hubo incluso sentencias de pena de muerte, que fueron conmutadas en último momento a presidio. Rafael Torreblanca comentó, después, que en Ilo sí fueron ejecutados algunos de esos "bandidos", como los define.

Tiembla el bastión aliado. La postración moral en el Ejército peruano

A pesar de todo, el Ejército logró mantener el fundamental orden y se ordenó enviar una nueva expedición hacia Moquehua, al interior de Ilo, compuesta por 4.366 efectivos al mando del General Baquedano. La caballería partió temprano, en 12 de marzo de 1880, y la infantería, compuesta por los batallones Atacama, Santiago, Bulnes y el reestructurado 2º de Línea, salieron en marcha sobre sus pasos cerca de las 5 de la tarde, al mando del Coronel Mauricio Muñoz. La primera parada se haría en la estación ferroviaria de Estanques y la segunda en Hospicio, desde donde Baquedano envió nuevamente al Ingeniero Stuven y algunos asistentes a la urgente tarea de conseguir agua, labor que estuvo llena de dificultades y tropiezos, al punto de que sólo logró volver con la locomotora en la mañana del día 15, cuando los chilenos llevaban tres días vagando sedientos por el desierto, pues las últimas reservas de agua habían sido cedidas a los equinos para evitar que murieran. La leyenda dice que Stuven rompió en lágrimas al llegar después de su desesperada búsqueda y ver el estado en que se encontraban los aguerridos hombres de Muñoz.

A todo esto, las cosas entre las fuerzas de los Aliados en Tacna marchaban de mal en peor. A la crisis generada por los errores de

Daza y el derrocamiento estrepitoso de Prado, se sumó una verdadera ola de inmoralidad y corrupción que comenzó a tocar directamente a los cuarteles del Perú, aumentando con la llegada de Piérola al poder. En un episodio poco estudiado por los mismos historiadores peruanos (algunos tan aficionados a acusar al enemigo chileno de toda clase de abusos y atrocidades), los oficiales y conscriptos peruanos comenzaron a ser privados hasta de sus más básicas necesidades, arrastrándolos a situaciones francamente deplorables en los albores de la Batalla del Campo de la Alianza, además del imperio de criterios politiqueros para orientar las decisiones de los altos mandos.

Lo anterior se desprende, por ejemplo, de la carta enviada directamente a Piérola desde Tacna, por el oficial Agustín Aguirre, el día 20 de enero de 1880 y remitida en Lima el 22 de febrero siguiente, cuyo original manuscrito hoy está en posesión del investigador chileno Marcelo Villaba Solanas. La reproducimos en todo su texto central para mantener el dramático tenor de sus líneas, denunciando la decadencia moral que afectaba a las autoridades peruanas precisamente en un momentos crucial para el desarrollo de la guerra:

> *"Mi ilustre Jefe y digno Señor y amigo:*
>
> *Hacen 4 días que la 4ª División, compuesta de los Batallones "Victoria" Nº 6 y "Huáscar" Nº 9, y la 5ª División, con los Batallones "Granaderos del Cuzco" y "Lima", aparte del Batallón "Arequipa" Nº 13, nos encontramos en esta ciudad, y supongo, como los demás, como una medida política; pues hay fundadas sospechas de que el enemigo emprenderá siempre un desembarco en el Morro de Sama o Ite, con un grueso Ejército, con el fin de tomar Tacna; y que la Escuadra amenazará y tratará de llamar la atención por mar al puerto de Arica. Si tal cosa sucede, el General Montero tendrá que mandar cinco o seis mil hombres a esta ciudad, que unidos a los 3 mil bolivianos que no prestan mucha esperanza, resistirán un desigual combate y con probabilidades de no muy buen éxito, y con el resultado tristísimo tal vez de perder Arica. Para evitar cualquier emergencia, debiera Señor venir cuanto antes a ésta, toda la fuerza existente en Arequipa y la Gendarmería de Puno, de manera que Tacna conserve siempre 6 mil peruanos y otros 6 mil o más en el puerto de Arica; esta es mi humilde opinión y lo general.*
>
> *Sensible es Excelentísimo Señor, que tenga que participarle, que tengamos que luchar contra dos poderosos enemigos: el primero, los especuladores que no desprecian ocasión, sin tener en cuenta la honra de la Patria; y el enemigo chileno, que ya casi lo tenemos encima. Hace días que públicamente y por la prensa se dice: que no llegó un contingente de dineros en plata sellada, mientras tantos, al Ejército se paga y da socorros diarios en papel moneda y nickel, aquí sólo se recibe el billete de 1 Sol por 25 centavos plata, y el nickel por ningún valor. ¿Por qué el General Montero*

autoriza esta horrible especulación? ¿Por qué Excelentísimo Señor el Coronel Latorre, 1º Jefe del Batallón "Victoria" Nº 6, Comandante General de la $ª División y Jefe del Estado Mayor General del Ejército, investido de tres poderes, se desentiende o se hace el sordo? Preciso es decirlo Señor, porque son los primeros que lucran y sacan partidos de esta situación porque procuran desesperar a la tropa y oficiales; nada puede hacer el soldado con 50 centavos en billete de socorros diarios, quedando así reducidos a 10 Soles plata el de Subteniente, 12 Soles el de Teniente y así sucesivamente.

Es necesario Señor, que su mano regeneradora se haga sentir hasta estos lugares, y precisamente aquí, en este Ejército, que es el de Vanguardia, y que pronto medirá sus armas con el enemigo. Es preciso, que los negociantes, cobardes y traidores a la Patria, salgan de los puestos que hoy ocupan y marchen a Lima; que se cumpla su deseo de la reforma de arriba para abajo; si no hay Jefes dignos para desempeñar los puestos, hay paisanos, hay subalternos Señor, una palabra que Ud. cambiará por completo la faz, de hombres oscuros, saldrán grandes capitanes y hombres conspicuos para los puestos Excelentísimo Señor. Como le he indicado en mis cartas anteriores, es urgente cambiar el personal, de los actuales Jefes, en general, de todos; primero porque es muy posible que traicionen tarde o temprano a V.E.; segundo, por cobardes, como lo han demostrado y probado en san Francisco, como públicamente lo pregonan los oficiales subalternos de los distintos cuerpos; y tercero, por ineptos y especuladores, pues según la calma y la tranquilidad más pasmosa que vemos, no podemos menos que creer que nos hallamos en plena paz, o que tienen algún plan inicuo.

Hace un mes Excelentísimo Señor, que nada sabemos de Lima, ni de V.E.; y con razón, nos hallamos alarmados, pues la incertidumbre nos mata. A veces creemos que intencionalmente se interceptan nuestras comunicaciones. En Arica continúa el mismo indiferentismo, la paz octaviana..

Oficiales y tropa nos hallamos descalzos y peor vestidos; el valor de una prenda, cuesta el sueldo íntegro del Subalterno; todo por la desentendencia de quienes pudieran remediarlo; y al Ejército boliviano se los paga y socorre en plata.

Rogando a V.E., que penetrado de mi lealtad y decidida adhesión, por la honra y gloria de su Gobierno y principalmente de su persona, mande en el día, mande o nombre en un Jefe de Estado Mayor General y competente, 1º Jefe para los Batallones "Cazadores del Rímac" Nº 5, "Victoria" Nº 6, "Huáscar" Nº 9, "Arequipa" Nº 13 y "Ayacucho" y "Prado" Nº 12, y "Granaderos del Cuzco". Sus antecedentes y ninguna

simpatía por el Gobierno de V.E. y la nota de cobardes, que famosamente tienen, y sus especulaciones en sus Batallones, los hacen indignos de permanecer en los puestos.

Si no hay Jefes para los 1º puestos, que se nombre a los segundos Comandantes, de primeros Jefes, que estoy seguro que sabrán corresponder a la confianza de V.E. y así sucesivamente.

Rogándole se digne impartirme órdenes, para emprender mi marcha a Lima o poder permanecer aquí, me repito de V.E., atento y respetuoso Subalterno y amigo S.S.

Agustín Aguirre"

En tanto, el "Huáscar", con Condell, volvería a enfrentarse el día 17 de marzo con el "Manco Cápac" y la "Unión", siendo apoyados después por el "Cochrane", con Latorre, y el transporte "Amazonas". Por un increíble error, sin embargo, los chilenos permitieron a la "Unión" entrar en puerto al creer que se encontraba irremediablemente averiada luego de casi una hora de combate. Y luego, la "Unión" rompió el bloqueo chileno nuevamente y consiguió salir de Arica en una arriesgada y valiente maniobra, amparada en la oscuridad nocturna.

La misma clase de audacias se verían tierra adentro, luego de que Baquedano llegara tranquilamente a Moquehua, el 20 de marzo, dándose cuenta de que los peruanos se habían establecido en una alta posición denominada Los Ángeles, un cerro de laderas inaccesibles al que se podía ascender por una serpenteante cuesta. En su cima, 1.400 aliados fuertemente armados y artillados esperaban a los chilenos en una posición que parecía imposible, por lo que se llamó a Consejo de Guerra. Sólo en la tarde de ese día el 2º de Línea, al mando de Estanislao del Canto, y el Santiago, retomaban la marcha hacia el interior.

En una acertada decisión, Baquedano recordó que el batallón Atacama, del Comandante Martínez, estaba conformado por mineros, hombres hábiles para dominar el terreno y la geografía, y dio la orden de que escalaran en fila india por la noche arriesgadamente la ladera del acantilado de Los Ángeles. La titánica labor la realizaron en la oscuridad, en silencio, venciendo el vértigo por el vacío que había bajo sus pies, al mando del Teniente Torrealba, en uno de los hitos más impactantes de toda la guerra. Incluso una mujer tuvo el coraje de acompañarlos: la cantinera Carmen Vilches. Baquedano y su grupo marcharían por el frente a la espera del ataque sorpresa del Atacama por la retaguardia, una vez en la cumbre.

Así, al amanecer del 22, el 2º de Línea intentó avanzar por uno de los costados de la cuesta de Los Ángeles cuando comenzaron a responder los cañones peruanos desatando una violenta batalla. De improviso, sin embargo, a las 6 de la mañana aparecieron los hombres de Torrealba por la retaguardia y barrieron con los peruanos, que apenas tuvieron tiempo de advertir incrédulos y asombrados que estaban siendo atacados desde la nada a sus espaldas por el Atacama. No pasó mucho para que la bandera

chilena fuese levantada orgullosa sobre este inexpugnable bastión.

Esta sería la única vez que Baquedano haría una excepción a su política de atacar siempre de frente al enemigo, costumbre derivada de su formación caballeresca y casi romántica de la guerra, o más bien de la "guerra limpia", siempre frontal, que no era excepcional en el Ejército y la Marina de Chile. Su terquedad respecto de variar dicha política quijotesca resultaría muy problemática, según veremos.

Crisis del mando. El desembarco en Ite. Muerte de Sotomayor



Hemos visto que los conflictos entre Escala y Sotomayor habían alcanzado en Ilo su punto de quiebre, a mediados de marzo de 1880, especialmente por el protagonismo que el general quería para sí y que veía opacado por la gestión del ministro.

La caldera reventó el día 28 de marzo, cuando Escala presentó su renuncia a la Comandancia en Jefe y partió de vuelta a Valparaíso. Entonces, se designó en el cargo al General Baquedano, en parte como reconocimiento a su tremendo éxito en la batalla de Los Ángeles, cuyos humos de pólvora recién se despejaban. El Coronel José Velásquez fue colocado en la Jefatura de Estado Mayor y el Coronel Pedro Lagos como Primer Ayudante de Baquedano.

De inmediato, Baquedano y Sotomayor comenzaron el plan de avance final sobre Tacna, para lo cual enviaron, el día 3 de abril, una división al mando del Coronel Santiago "Manco" Amenágual. Seguidamente, se envió hacia el pueblo de Locumbe una avanzada de 23 exploradores del Cazadores al mando del Coronel Diego Dublé Almeyda, ilustre ex Gobernador de Magallanes que había desempeñado, hasta hacía un tiempo, labores de inteligencia sobre las actividades militares argentinas, gestiones muy parecidas a las realizadas por Prat.

Sin embargo, sus hombres fueron emboscados por una de las primeras montoneras organizadas y conocidas en el suelo peruano, al mando del Coronel Albarracín, desatándose una feroz lucha en la plaza de del pueblo y muriendo la mayoría de los chilenos. Sólo lograron escapar Dublé Almeyda y siete de sus hombres, siendo especialmente heroica la acción del muy joven corneta Candelario Ramírez, quien subió hasta el campanario de una iglesia para disparar contra los guerrilleros. Se cumplía el pronóstico fatalista del Ministro Sotomayor.

Al llegar la noticia de lo sucedido, Baquedano ordenó la salida del Vergara y su caballería tras las fuerzas de Albarracín, el día 7 de abril. Por varios días, los chilenos persiguieron a la guerrilla desde Locumba a través de la agresiva geografía peruana, alcanzándolo el día 18 en Buenavista. Sin embargo, Albarracín logró escapar rumbo a Tacna, disolviéndose su grupo. Los chilenos de la 1ª División lo acosaron por varios kilómetros, seguidos de la 3ª al mando del Coronel Amunátegui, pero se hizo imposible continuar

ante las características del terreno, que impedían el desplazamiento de la artillería.

Frente a estas dificultades, Rafael Sotomayor corrió con colores propios y decidió desembarcar la artillería evitando inconvenientes como los experimentados camino a Tacna. Luego, designó a Vergara como Comandante General de la Caballería. Ordenó llevar una gran cantidad de piezas de artillería hasta Ite, una playa surcada por enormes acantilados de 200 metros, cuya altura y dificultad jamás habría hecho sospechar a los peruanos de lo que allí ocurría. Los cañones fueron transportados por el "Itata", acompañados de la 4ª División comandada por el Coronel Barboza y también por el Ministro de Guerra. Llegaron cerca del 29 de abril, pero las condiciones climáticas permitieron que el desembarco comenzara sólo el día 5 de mayo, cuando llegó al lugar la "Covadonga" con más baterías y abastecimientos.

A poco de empezar, se haría claro que los caballos no lograban subir la artillería por las pesadas cuestas, por lo que el Capitán Orella propuso el inicio de otra acción sobrecogedora: subir los cañones a cuerdas por todos los acantilados. Dispuso al instante de los marinos de la "Covadonga" y de los Zapadores en una extenuante labor que se extendió por cuatro larguísimos días. Sólo el día 11 de mayo las fuerzas chilenas pudieron concentrarse en Yaras, en el Valle de Sama, donde establecieron campamento.

Sotomayor llegó al lugar el día 19 visiblemente afectado por el viaje. Su salud y su ánimo estaban seriamente dañados por la tensión del exceso de trabajo, la insolación constante y las condiciones extremas del desierto peruano. A pesar de ello, sin embargo, sus amigos y compañeros de aventura aseguraron que nada hacía presagiar lo que estaba por ocurrir. Después de terminar sus quehaceres de oficina fue a cenar en el comedor del Cuartel General, la noche del día 20. Iba saliendo de este lugar cuando cayó desmayado al suelo. El médico detectó de inmediato los síntomas de amoratamiento del rostro y desvanecimiento propios de una congestión neurológica. Pese a todos los esfuerzos, falleció unos minutos después de esta crisis.

Siguiendo la senda de las dolorosas pérdidas que han privado a Chile de sus mejores hombres -cual Carrera, Portales y más tarde Balmaceda-, el ilustre Ministro sufrió un derrame cerebral y murió, por extraña y simbólica coincidencia, en la víspera del primer aniversario de la partida de Prat. Su partida conmocionó al Ejército, siendo despedido con honores de héroe.

Partía así el organizador de la guerra, el civil que Lynch denominara "el cerebro de la campaña", que sentó las bases de la victoria militar chilena, sin alcanzar a disfrutar del néctar de la gloria.

Batalla de Tacna: destrucción del eje Perú-Bolivia en el Campo de la Alianza

Ante la inesperada muerte de Sotomayor, el Gobierno temió lo peor y ordenó que el mando general de la guerra fuese asumido por una junta conformada por Baquedano, Vergara y Velásquez.

Pero Baquedano, movido por más sensatez que personalismo, comprendió los peligros de una dirección tricéfala y no acató la orden, apoyado por los demás jefes. Sabia decisión, porque el día 22 de mayo se tuvo proporción del enorme contingente aliado que estaba en las defensa de Tacna sobre el cerro Intiorco, en el llamado Campo de la Alianza, sobre la alta meseta 8 kilómetros al Noroeste de la ciudad. Al mando de este atemorizante grupo de 13.650 almas, estaba el General Campero, Presidente de Bolivia, acompañado del Almirante peruano Montero y del General boliviano Camacho.

Baquedano planificaba una acción temeraria para poder conquistar tan difícil posición, separando las fuerzas de 10.700 hombres en cuatro divisiones y una reserva de 3.279 que no entraría en combate salvo una emergencia. Atacarían de frente en una acción que debía tener obligatorio éxito, pues era imprescindible evitar el escape de las tropas aliadas hacia Arica, circunstancia que sería considerada un fracaso. Las provisiones eran pocas, por lo que se planificó darle velocidad al plan, fijándolo para la mañana del 26 de mayo. Aunque se le advirtió del peligro de lanzar ese tipo de ataque frontal, Baquedano no cedió.

Las fuerzas chilenas llegaron cerca de la meseta el día 25, acampando. Por la noche, intentaron ser interceptados por un grupo de aliados, pero, tras perderse, la guardia chilena los descubrió entre la neblina y los espantó a tiros de rifle. La mañana del 26 ya estaban todos listos y avanzaron hacia el Campo de la Alianza, cerca de las 6. Tres horas después, tomaron posición frente a los aliados y recibieron la bendición del Capellán Ruperto Marchant. Sin perder tiempo, los chilenos comenzaron a cañonear la meseta, dando inicio a la batalla.

A las 10 de la mañana, se ordenó el avance de la 1ª División de Amenágual y la 2ª División de Barceló, que sumaban entre ambos unos 5.127 hombres y aguantarían el primer peso de su embestida. Amenágual iba con el regimiento Esmeralda y el batallón Chillán, que golpeó la primera fila de trincheras aliadas en la base del Intiorco. Le seguían más atrás los hombres del batallón Valparaíso, que luego cargarían contra las columnas bolivianas apostadas por el ala izquierda, desatando la estampida de los altiplánicos. La división de Barceló, en tanto, formada por los batallones Atacama, Santiago y el regimiento 2º de Línea, avanzó hacia las filas superiores descargando toda su fuerza de fuego y abriéndose paso entre las trincheras. Habían llegado casi a la cima cuando se les agotaron las municiones, por lo que volvieron a ser rodeados y fulminados por los aliados, contando sólo con culatas y bayonetas para defenderse. En una nota dramática, las carretas de municiones se atascaron sobre el suelo arenoso y no pudieron asistirlos a tiempo. La carnicería humana fue terrible, mermando la mayor parte de las dos divisiones chilenas que habían quedado aisladas camino a la cumbre.

Una gran parte del batallón Atacama pereció en las líneas enemigas, incluyendo su Capitán Rafael Torreblanca, que entregó la vida con un heroísmo sobrecogedor. Como en Tarapacá, los muertos fueron repasados y los heridos fueron asesinados sin piedad por los aliados, cumpliendo así con un ritual de sangre que,

con injusta frecuencia, los propios autores peruanos y bolivianos le imputan a Chile.

Al ver la masacre que arrasó con los chilenos, cerca de las 12:30, el Comandante Tomás Yávar se arrojó con los Granaderos y sus caballos con una ferocidad abismante. Sus sables destrozaron todo a su camino sembrando el terror entre los aliados, ocasión que fue aprovechada por los restos de las dos divisiones para reorganizarse, amunicionarse y arrojarse tras la caballería para aplastar al enemigo. Entonces, por voluntad de Baquedano, el Coronel Lagos ordenó el ataque de las divisiones 3ª y 4ª. La avalancha de sables, rifles y corvos cayó con tal violencia sobre los aliados, que les sobrepasó en toda fuerza imaginable. Los Colorados de Bolivia lucharon heroicamente intentando contener la embestida, pero cayendo irremediablemente. Por su parte, los peruanos del Zepita también dieron batalla hasta ser aplastados.

La bandera chilena se elevó en lo alto del Campo de la Alianza y la reserva comenzó a avanzar, panorama aterrador ante el cual las tropas aliadas que quedaron dispersas en medio del caos de la batalla, escaparon pasando por encima de los miles de cadáveres repartidos en el escenario de la sangrienta epopeya del 26 de mayo de 1880.

Las bajas chilenas hubiesen sido muchas menos si Baquedano hubiese desistido del capricho de concentrar el ataque por el frente, en lugar de los flancos. La mitad de los chilenos del Atacama murieron en esta epopeya, desatándose escenas conmovedoras, como la del Comandante Juan Martínez, que perdió a sus dos hijos en el lugar, siendo homenajeado por Baquedano dada la muestra de valor y compostura que mantuvo a pesar del tremendo dolor.

Otro costo lamentable, en medio de la aventura, fue la partida del comandante de Zapadores, Coronel Ricardo Santa Cruz, entre los hombres de la 2ª División al mando de Barceló. Tan querido y respetado era Santa Cruz entre sus hombres, que su partida aguó a muchos la felicidad por la recién conseguida victoria de Tacna. En una consternada y dolorosa carta enviada al diario "El Ferrocarril" de Santiago por sus hombres, todos ellos de origen muy humilde, escriben allí con un deficiente castellano, como sólo es posible encontrar en los más modestos "rotos" de la época:

> *"Hera por desirlo asi nuestro Padre i es tanta la falta que nos hace..."* (sic)

Tras el combate, los peruanos comenzaron a marchar mascando el dolor de la derrota hacia la Sierra y Arequipa, en completo desorden, por el camino de Pachía. Los bolivianos pusieron rumbo en penoso éxodo junto a Campero, para cruzar la cordillera rumbo a La Paz. Jamás volverían a luchar en la contienda, dejando abandonados a sus aliados peruanos.

El 29 de mayo, a las 3:45 de la madrugada, Patricio Lynch telegrafiaba a La Moneda desde Iquique:

> *"¡Viva Chile! ¡Tacna tomada! La resistencia tenaz puesta esta vez por los soldados aliados ha sido inútil contra nuestros bravos soldados. Enemigos fugitivos*

> *en todas direcciones. Nuestras bajas, aunque considerables, son muy inferiores a las del enemigo. El camino a Arica quedó abierto a nuestro Ejército en marcha. Gloria a nuestros valientes. Felicito a V.E. en nombre de nuestra patria".*

Se destruía, de esta manera, la Alianza Perú-Boliviana que, en 1874, había nacido apostando la victoria contra Chile y que ahora sellaba su destino en terrible fracaso. Después de un *Te Deum* en la Catedral de Santiago, los chilenos salieron a festejar la victoria hasta altas horas de la noche, siguiendo al día siguiente con una fiesta costumbrista en el Parque Cousiño.

Toma del Morro de Arica en 1880. Cae el bastión peruano 

Tras la victoria en el Campo de la Alianza, los chilenos al mando de Amenágual y de Holley tomaron Tacna. Vergara, en tanto, fue llamado a retiro por la Cancillería y partió de vuelta a Iquique, el día 27 de mayo de 1880. Se dice que sus compañeros de armas lo responsabilizaban en tal medida por lo sucedido en la quebrada de Tarapacá, que el Comandante Yávar había dado instrucciones de no obedecerle durante los últimos días que ocupó el mando de los Granaderos a Caballo, después de la muerte de Sotomayor.

Quedaba, entonces, la ciudad de Arica como próximo punto donde debían avanzar las fuerzas chilenas para propinar un golpe de muerte al Ejército del Perú, por lo que Baquedano dispuso de inmediato la salida del contingente de reserva al mando del Coronel Lagos, para que marchara hacia el puerto del Morro.

Como se sabe, Arica era una ciudad convertida en verdadera fortaleza. Custodiada por el "Manco Cápac" capitaneado por el comandante Sánchez Logomarcino, en su costa norte se enclavaban tres fuertes peruanos poderosamente armados: el "San José", el "Santa Rosa" y el "2 de Mayo", este último a poca distancia del hospital de la Cruz Roja.

Hacia el Sur de la ciudad, junto al mar, se eleva el majestuoso Morro de Arica. Su ascenso es imposible desde su cara frontal al océano, pudiendo realizarse sólo desde su costado interior, del lado oriente. Otros dos fuertes esperaban allí a cualquier invasor: el "Del Este" y el "Ciudadela".

Y, para aumentar el peligro, en la cima se encontraba un quinto fuerte, el "Morro", donde se concentraban las baterías que protegían la ciudad de cualquier incursión naval chilena. 2.000 hombres al mando del anciano pero aguerrido Coronel Bolognesi, seguidos del Coronel Alfonso Ugarte y el Jefe de Artillería Guillermo Moore, el mismo comandante de la siniestrada "Independencia".

En su camino hacia Arica, la caballería chilena interceptó al ingeniero peruano Teodoro Elmore, quien había tenido la tarea de minar con bombas automáticas los alrededores del puerto. Atemorizado, rodeado por los chilenos y seguramente temiendo por su vida, Elmore confesó ante el propio Baquedano las posiciones de los campos minados de bombas de "polvorazos", y declaró que la red eléctrica las alimentaría desde el hospital de la

Cruz Roja, según se descubrió después, medida abusiva y carente de los más mínimos preceptos de la responsabilidad y la honestidad en estados de guerra. Por una lamentable parcialidad, muchos autores peruanos no perdonan a Elmore y lo consideran frecuentemente como un traidor, cuando la verdad es que el ingeniero trabajó patrióticamente por el Perú y de manera voluntaria, antes de ser atrapado por los chilenos.

El mismo día 27 de mayo en que Vergara se embarcaba de vuelta a Chile, Bolognesi intentó prevenirse de la inminente invasión chilena, y llamó al Coronel Segundo Leiva para que avanzara desde Locumba a Arica con el 2º Ejército del Sur, creado por Piérola. La decisión de Leiva de detenerse en medio de la marcha y no llegar a Arica también ha sido hoguera de reproches y acusaciones de traidor o cobarde contra el Coronel peruano por parte de sus compatriotas, hasta nuestros días. Aunque su acción reviste características de deserción innegables, si se estudia la composición del "ejército" que conducía, no queda duda de la naturaleza práctica de su desobediencia: poco más de 2 mil hombres, mal armados, con escasa o nula preparación militar, algunos integrados esa misma mañana. La mitad de su fuerza era de origen indígena, sin dominio de la lengua castellana, lo que hubiese imposibilitado el entendimiento entre las propias tropas en un eventual combate. Era como llevar corderos al sacrificio. El peligro que revestía avanzar a Arica con los chilenos cruzando el mismo camino hacia el puerto, fue más de lo que Leiva estaba dispuesto a soportar y detuvo el viaje. Ha pagado históricas culpas por esta acción, sorprendiendo incluso que autores peruanos con el prestigio y la erudición de don Juan del Campo, participen en nuestros días también de la demonización de Leiva, a pesar de que -sin pretender quitarle en carácter de desertor- su viaje a Arica sólo habría servido para gastarle municiones a los chilenos y, de paso, entretenerlos en un verdadero ensayo de tiro antes de la batalla por el Morro.

Técnicamente, Arica había quedado aislada del resto de las fuerzas peruanas y desinformada de detalles tales como el repliegue aliado luego de la batalla del Campo de la Alianza o la deserción masiva del contingente boliviano. Aún así, el Morro, particularmente, parecía tan inexpugnable y bien protegido por su estratégica forma y por las miles de minas que rodeaban sus accesos, que los mejores cálculos hablaban de unos 6 meses de ataques organizados y continuos para poder conquistarlo, luego de la amarga experiencia del desastroso bombardeo de febrero.

Por esos mismos días, los chilenos entrarían en acción. Baquedano ordenaba bombardear la plaza desde la flota del bloqueo en forma intermitente, los días 5 y 6 de junio, pero nada se consiguió. Un hecho curioso tuvo lugar, sin embargo, a partir de estas acciones, cuando el Coronel Agustín Belaúnde, comandante peruano del Batallón Cazadores, quiso escapar como alma que se la lleva el diablo de la ciudad que se le había encomendado proteger, siendo capturado por desertor y quedando preso por desobediencia en el navío "Manco Cápac". Más tarde lograría escapar y reapareciendo en Tacna el 5 de junio. Fue detenido y condenado a muerte por un tribunal peruano, pero sólo en el papel, pues esta acción jamás se concretó. De hecho, años

después intentó lanzarse a la conquista de algunos cargos políticos de votación popular.

Arica no se rendía a la insistencia de Baquedano. La única alternativa iba a ser, entonces, la conquista del Morro. Por esta razón, se envió al Comandante José de la Cruz Salvo para intentar convencer a Bolognesi, en la casa-cuartel, de evitar el sangriento enfrentamiento y rendirse. El Coronel Lagos, sabiendo de la existencia de las trampas explosivas, hizo advertir a Bolognesi, además, que si se llegaba a utilizar estas armas arteras, los chilenos no dejarían peruano con vida. Esta amenaza, si bien no se cumplió en la práctica, pretendía amedrentar a los peruanos para que no utilizaran las cuestionables trampas. Vana ilusión, porque el Coronel encarnaba una gallardía que simplemente no conocía de rendiciones y sumisiones. *"¡Resistiremos hasta quemar el último cartucho!"*, fue lo último que alcanzó a oír el chileno de boca de Bolognesi, al final de esa reunión.

Enterado de esto, Baquedano ordenó al Coronel Pedro Lagos preparase para el asalto. Se dispuso que dos grupos, el 3º y el 4º de Línea, marcharían ascendiendo al Morro por la pendiente, en dirección angulada al Suroeste, y seguidos de cerca por el Buin, 1º de Línea, que debía conseguir la conquista de la cima abriéndose paso por el campo de batalla. Sin un plan preciso de batalla, Baquedano sólo especificó que debían *"tomarse como fuera las fortificaciones minadas"*.

Y, como lo más esperable para los peruanos era la lógica invasión de Norte a Sur contra los fuertes de la costa, se dejaron las fogatas del campamento encendidas la noche del 6 al 7 de junio, disponiendo allí sólo al regimiento Lautaro, que debía salir al mismo tiempo que se escalaba el Morro. Los hombres tenían órdenes expresas esconder todos sus objetos que produjera reflejos, forrando cantimploras, yataganes y cuchillos, además de estar impedidos de fumar.

En horas de la madrugada, los chilenos avanzaron sigilosamente hacia el peñón, dando una amplia vuelta a espaldas de la ciudad. El primer grupo de ataque, el 4º de Línea, iba comandado por Juan José San Martín, y contó con la complicidad de una densa neblina para acercarse hasta la cuesta del Morro. Como disponían de sólo 150 tiros por hombre, lo que, según confesara el Coronel Lagos, *"alcanzaba para menos de hora y media de combate"*, era preciso que las fuerzas chilenas avanzaran a filo de corvo y bayoneta hacia la cima.

Lagos contaba con 6 mil hombres, cifra que, cuando no es abultada groseramente, suele ser destacada con neones por los historiadores peruanos intentando recalcar la superioridad numérica de Chile sobre los peruanos. Sin embargo, de éstos sólo la infantería servía para operar en esta acción, descontándose la caballería y la artillería, por lo que los chilenos en ascenso al Morro, en rigor, sólo eran 4 mil, con las evidentes desventajas estratégicas de estar atacando y desde posiciones bajas. Como veremos, además, una gran parte de los chilenos no alcanzó a entrar en combate producto de la euforia, que rompió el plan

general e improvisó un ascenso con los primeros grupos de choque.

Poco después de las 6 de la mañana, la neblina cedió y los guardias de la primera línea defensiva del Morro descubrieron a los chilenos subiendo con prisa. Los cañones peruanos comenzaron a disparar contra la marea humana y el 3º de Línea se arrojó contra estas líneas, a pesar del fuego y las balas. Caía con insólita rapidez la "Ciudadela", sobre la cual el Subteniente José Ignacio López levantó la bandera chilena anunciando el primer triunfo. Desesperados, los peruanos activaron redes eléctricas directamente conectadas a los almacenes de dinamita, haciendo volar el fuerte y destrozando cuerpos de chilenos y peruanos por igual. En este estallido, pereció también el Capitán Tristán Chacón y el Subteniente Poblete.

Estas trampas eran conocidas como "polvorazos" y constituyeron verdaderos crímenes de guerra peruanos, pues estaban absolutamente reñidas con el derecho de guerra de aquellos años, al igual que innumerables prácticas realizadas por los aliados durante el conflicto. La furia se desató entre los chilenos al ver a sus compañeros desmembrados por estas explosiones, y la carga de balloneta fue atroz, terminando de destruir las últimas defensa del fuerte.

Por su parte el 4º de Línea había penetrado violentamente el fuerte "Del Este" dejando un reguero de cadáveres a sus espaldas -propios y del enemigo- obligando a los peruanos a escapar hacia el fuerte de la cima. Eufóricos, los chilenos pasaron por alto los campos minados y hasta los planes de esperar la llegada del Buin, y continuaron avanzando sangrientamente detrás de los peruanos hacia la cumbre del peñón. Un gran caos se inició en esta colérica improvisación, al punto de que, según se ha dicho, algunos jefes militares chilenos se culparon entre sí con descalificadores términos, más tarde, por la responsabilidad de este desorden, cuyo único origen, sin embargo, era la euforia chilena del momento.

Al ver desde la playa cómo se aproximaba la explosión humana hacia la cima del Morro, los peruanos de la 8ª División corrieron a toda prisa hacia el peñón, siendo interceptados por los chilenos que se encontraban abajo, quienes dieron muerte a más de la mitad de este grupo en una lucha donde ambos bandos se enfrentaron con heroísmo sobrehumano.

Arriba, el Comandante Juan Guillermo Moore -mismo que había estado al mando de la "Independencia" durante la contienda naval de Punta Gruesa- y sus hombres disparaban los cañones en forma compulsiva contra los invasores. Varios de estos reventaron, manteniéndose así aún visibles en la cima del Morro, en nuestros días. El Comandante Juan José San Martín, que iba al frente de los chilenos, cayó como todo un héroe atravesado por los tiros de fusil del enemigo, pero sus hombres siguieron su marcha hasta aplastar el último fuerte en medio de una espantosa anarquía de combate y muerte. Allí, cayó el Coronel Ugarte alcanzado por las balas. Y minutos después, el valiente Bolognesi y su leal comandante Moore le seguían, muriendo junto al último grupo de valientes que rodeaban heroicamente la bandera de su

país, cumpliendo con su promesa de quemar hasta el último cartucho.

La bandera chilena era izada sobre la cumbre a las 7 de la mañana. Nunca más volvió a ser bajada del Morro de Arica. Sólo 55 minutos había tomado tan formidable proeza de conquista, contra prácticamente todos los pronósticos y las posibilidades previstas.

Al ver el pabellón enemigo sobre el Morro símbolo de la resistencia peruana, Sánchez Lagomarcino ordenó abrir las válvulas del "Manco Cápac", que comenzó a hundirse lejos del alcance chileno. El navío guerrero de los bravos mares peruanos se perdió para siempre en las aguas ariqueñas.

El "New York Tribune", haciendo un alto al abierto y declarado apoyo de los Estados Unidos a la causa aliada, publicaría después del triunfo militar chileno en el Morro:

> *"La victoria de Arica es notable no sólo como hazaña militar, sino también por su importancia..."*
>
> *"Es conveniente recordar que la guerra no fue buscada por Chile, sino que por fuerza tuvo que entrar en ella..."*
>
> *"Las naciones civilizadas pueden regocijarse por las victorias de esa resuelta república, porque son los triunfos sustanciales de la causa del derecho y la justicia".*

Mitos históricos y hechos ciertos sobre la toma del Morro 

Uno de los asuntos más recurridos por los autores del Perú sobre la epopeya de Arica, es el pretendido repaso de heridos que habrían hecho los chilenos al llegar a la cima del Morro. No cabe duda de que en medio del caótico asalto a la cumbre hubo escenas que comprometieron seriamente al Coronel Lagos, pero también es cierto que gran parte del ejército de Bolognesi resistió fieramente hasta el último momento, a pesar de los intentos de Ugarte por detener la carnicería inútil en que se había convertido el combate luego de que los chilenos rompieran la última defensa, sin ser escuchado en medio del completo caos y descontrol en que habían caído ambos ejércitos.

Como la mayor parte del ataque chileno se realizó a corvo y bayoneta, por escasez de municiones, los registros de una enormidad las bajas peruanas mostrando heridas cortantes han alimentado la idea de que fueron repasados en el suelo, ya estando heridos. Incluso, el Capitán Silva Arriagada impidió que los chilenos arremetieran contra los pocos heridos peruanos que quedaron entre los casi 900 hombres muertos de Bolognesi, al ver la colérica y violenta euforia.

Las bajas entre los chilenos no fueron pocas, como también ha pretendido sugerirse en más de una oportunidad. 479 chilenos cayeron en combate, y otros 357 quedaron heridos al final de la batalla. Gran parte de estas bajas las provocó el paso por sobre los campos minados.

Otro de los mayores mitos sobre los sucesos del Morro de Arica, aquella mañana del 7 de junio de 1880, se relaciona con las versiones sobre la muerte de los máximos jefes militares peruanos al final del asalto. Esto, a pesar de que los relatos peruanos de la época no dejan dudas sobre la verdadera muerte de estos héroes en la batalla. Por ejemplo, el Capitán de Corbeta Espinosa, Comandante Segundo de las baterías en el Morro, informaría más tarde:

> *"...y como era inútil toda resistencia, ordenó el señor comandante general que se suspendieran todos los fuegos... fue el señor coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fue muerto... los enemigos invadieron el recinto del Morro, haciendo descargas... de las que resultaron muertos el señor comandante general, coronel Francisco Bolognesi, señor capitán de navío Juan G. Moore..."*.

Por su parte, el oficial peruano J. Pérez, declararía:

> *"...cuando el coronel Moore iba a repetir la misma voz, una descarga enemiga lleva una bala al medio de su noble pecho, que lo mata en el acto, y otra tumba al altivo coronel Bolognesi, que pocos momentos después fue ultimado como lo fue Ugarte...".*

Historias peruanas contemporáneas señalan que Bolognesi y Moore se hacen disparar por sus hombres para no entregarse, las que serían fantasías de autores peruanos. Innecesarias, por cierto, porque ellos demostraron un valor y un arrojo que no requeriría de mayores confirmaciones.

También resulta folclórica la versión de Ugarte, saltando a caballo desde el Morro con la bandera peruana para no entregarla al enemigo; de hecho, hay en Chile antecedentes de que esta historia, al parecer, era atribuida en un inicio al Coronel Bolognesi y no a Ugarte. El cuerpo de este último fue arrojado al mar, después del combate, lo que pudo generar la confusión. Su acaudalada familia ofreció grandes recompensas por la recuperación del cuerpo, presentándose cerca de ocho. También es un mito urbano -y muy grosero, hay que decirlo- una versión que se ha oído respecto de que Ugarte fue amarrado a un caballo por los chilenos y espantado de un tiro o de un golpe de corvo para que se precipitara hacia el mar, ya pasado el combate.

Intentando explicar la colérica reacción de los chilenos ascendiendo eufóricos a la cima, otra popular leyenda dice que habían bebido cantidades de la famosa "chupilca del Diablo", es decir, aguardiente mezclada con pólvora de municiones, antes de entrar en combate. Esto se debería en parte, aparentemente, al relato épico de Jorge Inostrosa. El aguardiente fue muy popular entre los chilenos durante la guerra y los peruanos llegaron a apodar al enemigo como los "endemoniados" o los "demonizados", pues creían realmente que actuaban en medio de una posesión diabólica al no temer a las balas enemigas y avanzar emitiendo guturales alaridos, atribuyendo erróneamente

este talento a la ingesta del mítico trago, algo que ha quedado desmentido con el tiempo.

Pero, en el caso de Arica, a diferencia de la leyenda fomentada por el romanticismo, la verdad es que la euforia saltó no con esta bebida en particular, sino con la retirada peruana de las primeras posiciones y la ira desatada por la explosión del "Ciudadela" y los llamados "polvorazos", que eran considerados entonces métodos arteros de muerte. De hecho, aunque el aguardiente fue de uso corriente durante los episodios de la guerra, la escasa cantidad de municiones con que se contaban en aquella oportunidad, hace pensar que la presencia de este peculiar experimento de coctelería con pólvora en Arica, ha sido idealizada. Lamentablemente, en nuestros días, muchos reclutas han querido experimentar las propiedades de este peligroso brebaje y han terminado gravemente intoxicados (e incluso muertos) tentados con sus pretendidos poderes e ignorantes, además, de que la pólvora negra de las municiones lleva largo tiempo ya sustituida por el aún más tóxico explosivo de nitrocelulosa.

Otra leyenda histórica compromete también a Argentina en estos hechos. Se trata de la elevación casi religiosa de la figura del ex diputado Roque Sáenz Peña, que había participado militarmente en Arica, como embajador del sentimiento argentino para con sus "hermanos" de la Alianza Perú-Boliviana, además de haber actuado en Tarapacá. Allí fue capturado y enviado preso al Cuartel Central, donde oscuros movimientos de amigos y diplomáticos argentinos lo salvaron de ser sometido al Consejo de Guerra por su intromisión en estado de guerra, gesto que fue agradecido a Chile por su padre, un influyente político bonaerense de la época.

La verdad es que Sáenz Peña nunca partió en nombre de la Argentina al conflicto, sino a título personal, tras abandonar su país por graves disputas políticas con sus camaradas y con el Gobierno, en 1878. Como hemos dicho, allá en Perú, en autoexilio, las autoridades limeñas le ofrecieron el cargo de Teniente Coronel si se incorporaba al Ejército, aceptando y, de hecho, dispuesto a renunciar a la nacionalidad argentina. Sin embargo, al regresar a Buenos Aires de su cautiverio, unos meses después, se le recibió con honores, como verdadero héroe de una guerra nacional, se le devolvió la nacionalidad y llegó a ser Presidente de la República, hacia 1910. Sus relatos y testimonios fueron una gran contribución a la formación de los mitos sobre los "abusos chilenos" contra el Perú durante la Guerra del Pacífico, que ayudó a fomentar sin escrúpulos motivado por la furia ciega que siempre mantuvo contra Chile y por la vergonzosa situación en que se vio tras la toma del Morro, debiendo rogar por su vida al tan odiado y vilipendiado enemigo "mapochino".

La guerra y el odio: el atentado contra el vapor chileno "Loa"

Hemos visto que, desde la campaña en Tarapacá y el fracaso de las expediciones militares en el desierto, Perú dio rienda suelta al antichilenismo, cargando las culpas contra el Presidente Prado y colocando al caudillo Piérola en la presidencia, como su última e ilusoria opción de triunfo. Pero, a partir de la toma del Morro de

Arica y en vista de la prolongada continuidad del bloqueo del Callao, desde abril, la odiosidad peruana alcanzó su punto de ebullición y comenzaron fervorosas campañas, sazonadas del triunfalismo desbocado al que los peruanos se habían resistido a renunciar, a pesar de todos los amargos resultados de su aventura en la guerra, que ya iba camino a su segundo cumpleaños.

Un hecho inesperado vino a acentuar esta mutua odiosidad de los países en guerra. El día 3 de julio, y luego de haber entregado humanitariamente en el Callao a más de 500 peruanos heridos capturados en Tacna y Arica, en el vapor chileno "Loa", al mando del Capitán de Corbeta Juan Guillermo Peña Urízar, se encontró con una lancha tipo balandra, cargada de víveres, que los marinos creyeron ingenuamente un gesto de agradecimiento de parte del Perú por su acción generosa, tras lo cual intentaron descargar al navío. Pero la lancha era una trampa poderosamente explosiva, dejada por los peruanos, que estalló hundiendo al "Loa" y matando a 120 chilenos. Sólo 63 marinos se salvaron, gracias a la asistencia de naves internacionales que se encontraban en la zona.

Peña, herido y atormentado por lo que consideraba su responsabilidad, ofrendó su existencia en el lugar negándose a abandonar la nave náufraga a pesar de las insistencias de quienes intentaron convencerlo de salvar su vida. En el parte de guerra del Teniente Primero Leoncio Señoret, por ejemplo, comenta este testigo privilegiado de los hechos:

> *"El comandante Peña, tomado de lleno por la explosión del brulote, quedó privado de parte de sus ropas, quemado en un costado y muy mal herido en la cara, lo que no le impidió dirigirse al puente a dictar algunas medidas propias del momento..."*
>
> *"...y cuando vi que ya solo quedaba en el puente el comandante Peña, fui a su lado y le insté a abandonar el buque antes que se sumergiera. Se negó a ello terminantemente; y viendo la inutilidad de mis esfuerzos, abandoné el buque segundos antes de que éste se perdiera por completo..."*

Esta sucia acción cayó como una antorcha sobre un reguero de pólvora en la opinión pública y en el mismo ánimo de los guerreros chilenos.

Para entonces, sin embargo, los planes de Piérola detrás de tanto odio y vesanía, tenían poco asidero en la realidad y sólo constituían medidas desesperadas que extendieron innecesariamente la agonía peruana. Por ejemplo, consideraba la reorganización de la Alianza con Bolivia, que en realidad se encontraba prácticamente abierta y, por alguna razón de prioridades, no fue ocupada por Chile a pesar de las tremendas ventajas que ofrecía. Además, calculó en más de 240 mil el número de efectivos que sería capaz de reclutar, cuando en realidad apenas logró adicionar menos de 19 mil nuevos conscriptos, todos ellos indígenas con poca o nula experiencia en el manejo de armas.

Mayor fue la desazón limeña cuando se supo que el Capellán Marchant Pereira y el Capitán Enrique Munizaga habían encontrado en la iglesia de San Ramón de Tacna el 15 de junio, el estandarte que los peruanos habían capturado del 2º de Línea en la batalla de Tarapacá, noticia que puso eufóricos de alegría a los chilenos. Se cuenta que 25 mil soldados recibieron este emblema en gloriosa ceremonia, más tarde.

Tras la toma del Morro, Piérola declaró públicamente que el Perú seguía en combate y dio su llamado a continuar la lucha, llamado que tuvo el más completo respaldo popular, alimentado por la propaganda que clamaba venganza contra los "mapochinos". El Ejército se reorganizó en Lima, previendo que se intentaría un avance a la capital, y se mandaron fabricar nuevas piezas de artillería. El atentado contra el "Loa" vino a convertir en algo mutuo estos sentimientos, al desatar la ira antiperuana entre los chilenos.

Esta disposición se reflejó claramente en los medios de prensa que circulaban el Lima durante la época. Ya el 9 de junio de 1880, y luego de caer Tacna y Arica, el diario "La Patria" declaraba con fervoroso optimismo:

> *"Aún no están agotados los elementos para llegar a la victoria".*
>
> *"Tenemos más elementos que ayer y con ellos llegaremos al fin a triunfar, como debemos triunfar. Chile no puede soportar la prolongación de la guerra, si no le faltan recursos, le faltan hombres; y hombres y recursos le sobran al Perú para llevar la guerra hasta el triunfo definitivo..."*

En la edición del diario limeño "La Opinión Nacional" del 19 de septiembre, en un artículo sobre la campaña de Lynch, leemos:

> *"Es preciso en el día, organizar las montoneras y no dejar en tranquilidad a las huestes enemigas. Nuestra misión, nuestro fin único no debe ser otro que acabar con los chilenos..."*
>
> *"Que la bala, la lanza, el puñal, la piedra, el palo, el fuego, en fin, cuanto pueda crear nuestro odio, nuestra venganza, sirvan para extirpar a la raza maldita de América."*

Por su parte, entre los chilenos, el atentado contra el "Loa" había abierto heridas de odio tan fuertes que no cerraban ni con el recuerdo de la victoria de Arica, clamando la toma de Lima en contra de la intención del Gobierno de Chile que deseaba finalizar la guerra luego del triunfo en el Morro, razón por la que designó en el Ministerio de Guerra a Eusebio Lillo. Sin embargo, previendo las dificultades, Lillo rehusó tomar el cargo, siendo otorgado entonces a José Francisco Vergara. Pero Baquedano y los demás jefes ya estaban decididos a emprender la conquista de Lima, por razones más estratégicas que las meras pasiones que movían al pueblo chileno.

Esta era, sin duda, la única vía para forzar la rendición peruana, a la par de una serie de nuevos problemas que debería enfrentar la

diplomacia chilena.